

EL PAÍS DE LOS "ROBOTS"

CLARK CARRADOS

El país de los robots

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/087

CAPÍTULO PRIMERO

EL ruido se expandió de pronto por la yerma superficie del planeta. Era una voz inteligible, pero no humana; emitida a, través de un altavoz, pero no salida de una garganta humana. Carecía de entonación, recitando algo aprendido de memoria, como si el sistema emisor se viera obligado a repetir la misma cosa varias veces al día, y así uno y otro y otro, durante meses, años y siglos.

La voz clamaba con multisecular monotonía.

Y era escuchada, pero no por oídos humanos.

Decía:

Oídme, «robots»

Oídme, «robots»

Oídme, «robots».

Estas son las Leyes de la Robótica,

Inmutables,

Eternas,

Imperecederas;

Mientras que exista un solo «robot»,

Habrá Leyes de la Robótica.

Oíd la Primera Ley:

Tú, «robot», no dañarás al Hombre, ni permitirás que sufra daño alguno.

No puedes desobedecerla; tu cerebro positónico está hecho para acatarla ciegamente.

Y ésta es la Segunda Ley:

Tú, «robot», obedecerás todas las órdenes que te dé un Hombre, excepto aquéllas que te lleven a contravenir la Primera Ley.

No puedes desobedecerla; tu cerebro positónico está hecho para acatarla ciegamente.

Y ésta es la Tercera y Última Ley:

Tú, «robot», puedes defenderte de los peligros que te acechan, siempre que con tu conducta no violes alguna de las otras dos Leyes.

No puedes desobedecerla; tu cerebro positónico está hecho para acatarla ciegamente.

«Robots», habéis oído vuestras Leyes. Cumplidlas.

«Robots», habéis oído vuestras Leyes...

«Robots», habéis oído vuestras...

«Robots», habéis oído…

«Robots», habéis...

Al acabar, la voz se fue perdiendo, con ecoicas retumbancias, por la gris llanura, cuya monotonía era quebrada, intermitentemente, por algunos árboles muertos, desnudos, de troncos retorcidos y ramas sin hojas. En muchos lugares, el suelo brillaba con una extraña y fosforescente luz azul, cuya intensidad aumentaba particularmente en los periódicos intervalos de oscuridad que sustituían a la plomiza claridad que era el día. El sonido de la voz inhumana se alejó, reptando como una invisible serpiente por las onduladas colinas del horizonte, y luego se acalló totalmente.

La voz había sido escuchada por infinidad de seres que aparentemente vagaban por la gris superficie de aquel planeta, los cuales se habían detenido, volviendo los rostros hacia la inmensa torre metálica, en donde, instalados los megáfonos, salían las voces. Al regresar el silencio, reanudaron su vagabundeo.

Era un vagabundeo sólo aparente, y eran unos seres de sólo humana apariencia, porque estaban construidos de metal, vidrio y plástico. No eran hombres, sino «robots».

El vagabundeo tenía un objeto. Y, empeñados en alcanzarlo, estaban ya desde hacía mucho tiempo: días, meses, años, décadas y siglos.

El objeto de los «robots» consistía en buscar algo que no existía. Y no existía porque había muerto.

Ese «algo» que buscaban los «robots» era sencillamente, el Hombre.

El Hombre, un ser a quien servir, y acatar, y obedecer.

No lo encontraban, porque había muerto, y, con él, toda la vida, el planeta estaba desierto. Pero no inactivo, porque, en algunos puntos de aquel mundo seguían funcionando fábricas que continuamente lanzaban «robots» en busca de Hombres.

Las fábricas, en escasos puntos de ellas, eran manejadas por «robots», los cuales, además de vagar en busca de Hombres, ejercían toda la actividad humana relacionada con la fabricación de más «robots»: minería, fundiciones, prospección de minerales, laboratorios de ensayo y estudio, verificación de materiales, y mil cosas más, de las cuales salían las materias primas que eran enviadas a las fábricas.

En éstas eran construidos los «robots», en cuyos delicadísimos cerebros positónicos eran inculcadas las Tres Leyes Básicas de la Robótica.

Pero no había Hombres. Y los «robots», por tanto, no podían hallarlos.

Así transcurrieron centenares de años, y la voz lanzaba sus proclamas cuatro veces cada día, sin un solo fallo, sin una sola interrupción, manteniendo a los «robots» en su trabajo y en su búsqueda.

Pero un día el silencio de aquel planeta se vio roto por el agudo bramar de los chorros de una astronave que descendía, en busca de un lugar en que aterrizar.

Y las células visuales de millares y millares de «robots» se volvieron, oscilando en su intensidad lumínica, hacia, la astronave que bajaba.

Porque, sin haber visto su interior, los «robots» sabían que en él había Hombres.

Y como era a los Hombres a quienes tenían que servir, y acatar, y obedecer, miles de «robots», formando gigantescas columnas se encaminaron hacia donde la nave se acababa de posar. El Homo acababa de llegar a aquel planeta muerto.

* * *

Muchos de vosotros ya me conocéis y sabéis cuál es mi nombre. Kabé, el «robot» de aspecto completamente humano, cuya primera aventura fue relatada en *Memorias de una máquina*. Entonces estaba al servicio del profesor Lars Crandon y, luego, de él y de su esposa Eva y… ¡ejem!, de los niños que les nacieron. Yo, todo un «robot», haciendo de niñera…

Pero esto sólo lo hago en los momentos que tengo, digamos, libres. Cuando el Mando Central Robótica estima necesarios mis servicios, me reclama, y los Crandon han de verse obligados a prescindir de mí, o bien alquilar un «robot» de inferior categoría, para los servicios también inferiores, y cuyo cerebro no se puede comparar conmigo.

En esta ocasión, el M.C.R. (Mando Central Robótico) había estado estudiando a un joven científico, el doctor Oscar Lavery.

Toda su vida, desde su nacimiento al momento actual, había sido estudiada concienzudamente, después de haber sido desmenuzado hasta la atomización, sin que el menor detalle se les hubiera escapado a los encargados de la investigación.

Los resultados fueron impresos en unas tarjetas perforadas que, insertadas en una tabuladora, junto con varios miles de tarjetas más de personas igualmente elegidas por el M.C.R., se sometieron al correspondiente estudio. Dichos millares de personas, en apariencia, eran tan aptas como el doctor Lavery para la misión que debía ejecutarse, pero la tabuladora sólo podía elegir a la persona que fuese más idónea.

Y la más idónea, naturalmente, fue el doctor Lavery, del cual me fue entregado una especie de *curriculum vitae* condensado, para que yo supiera la clase de hombre que era aquél a quien yo tenía que ayudar y servir en su misión.

La historia abreviada de la vida de Lavery, desde que había nacido en Villanueva (Nuevo Méjico, U .S. A.), de padre norteamericano y madre mejicana. Licenciado en Ciencias Exactas por la Universidad de Stanford (California); licenciado en Química por la Sorbona de París y doctor en Matemáticas Astronáuticas por el C.E.I.S.A. (Centro de Estudios e Investigaciones Superiores Astronáuticas) de Madrid. Treinta y dos años de edad; cabellos castaños y ojos negros; dentadura en perfecto estado; uno noventa de estatura y noventa quilos de peso; «recordman» de los cien y doscientos metros lisos en Stanford y, por último, aparte de su soltería, un poco dado a la buena vida en los últimos tiempos. (Se comprende: después de haber estado estudiando como una fiera durante quince años, aparte la enseñanza primaria, o se vuelve uno un misántropo o se desquita.)

En el M. C. R recibí todos los datos que me iban a servir para mi futura convivencia con el doctor, tras de lo cual, y de los últimos repasos y verificaciones a mis mecanismos, salí en su busca.

Últimamente, Oscar se estaba tomando unas vacaciones y paraba en el madrileño Hotel de las Pléyades. Pero allí no estaba cuando yo llegué, aunque me supuse, y acerté, por supuesto, dónde estaría mi hombre.

Lo hallé sentado en la terraza de un café de la Duplicada Calle de Alcalá, recreando la vista con las hermosas mujeres que casi sin interrupción pasaban por allí, y el gusto con una copa de jerez añejo. La movifoto que había visto de él no me engañó.

Me acerqué, saludándolo.

—Buenos días, doctor. «Robot» K. B. número 000 459 3D5, a su servicio por orden del M.C.R.

No me miró siquiera; tenía la vista fija en una escultura andante que se cimbreaba como un junco en tanto pasaba ante nosotros.

—¡Hola, pedazo de máquina! No, no te lo digo a ti, gitanaza. Permita el Faraón que te lleven...

Se volvió de pronto hacía mí, con el ceño fruncido.

—¿Qué ideas le han dado al M.C.R. para ponerte a mi servicio, saco de electrones?

—Lo siento. doctor —dije—. Pero soy sólo un «robot» y me limito a obedecer. Me «llamo» K. B. 000 459...

—¡Ya lo sé, ya lo sé! —refunfuñó malhumorado—. Sé quién eres, Kabé, y también he leído algunas de tus andanzas[1]. ¡Pobres de nosotros, si permitimos que el Don Quijote de nuestros días sea una máquina!

—La culpa no es mía... —empecé a decir.

—También lo sé. Tú eres una máquina, te fabricaron y... ¡Venus! ¿Te has escapado del Olimpo?

Esto, como es lógico, no me lo decía a mí, sino a una espléndida rubia que acababa de pasar a un metro de nosotros, la cual sonrió al oír el piropo del españolizado doctor y continuó su marcha. Cuando la rubia hubo desaparecido entre la marea humana, tomó un sorbo de jerez, encendió un cigarrillo y me miró nuevamente.

—Siéntate, Kabé. Yo, todo un hombre, soy tu humilde servidor. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Yo no quiero nada de usted, profesor. Es el M.C. R. quien me envía, con este sobre conteniendo las instrucciones precisas.

Oscar soltó unas cuantas palabrotas, que no se pueden decir aquí, acerca de los mandamases del M.C.R., que venían a estropearle sus vacaciones en el momento menos oportuno, y luego tomó el sobre. Lo rasgó, extrajo el documento que en él había escrito y, al fin, arrugándolo con rabia, se lo metió en el bolsillo.

—De modo que «sólo» pretenden que me haga cargo del mando de la expedición que ha de hallar a Mechanicus, ¿eh?

—Así es, doctor .

—¿Y para qué diablos quiere el M.C.R. hallar un planeta en el que sólo hay «robots», suponiendo que existan tal planeta y tales «robots»? ¿Es que no tienen bastante contigo y con tus compañeros?

—Lo siento, doctor —dije humildemente —. Yo soy sólo un «robot» y...

—Ya sé; no es preciso que sigas —murmuró Oscar, muy fastidiado—. Obedeces ciegamente las Tres Leyes de la Robótica. Pero lo que yo digo es: ¿para qué quieren hallar un planeta con «robots» por únicos habitantes? ¿Es que no tenemos en la Tierra suficiente con vosotros? No creo que los de Mechanlcus estén mucho mejor fabricados que vosotros. ¡Rayos! Si no fuera por el tatuaje que tienes debajo de la oreja izquierda y en el cual consta tu número de fabricación, podrías pasar por un hombre.

—El caso es, doctor, que a usted le han dado el mando de la expedición y que tiene que hacer todos los posibles por acelerar la partida.

—Bueno, pues… ¡qué se le va a hacer! Me quedaban todavía cuatro semanas de vacaciones, de las cuales pensaba repartir dos en la Costa Brava y dos en Capri. Esos del M.C.R. no tienen... ¡Entrañas! ¡Guapa! — chilló a otra que se le había puesto a tiro.

Oscar tiró el cigarrillo y se disponía a pagar la consumición cuando, de pronto, una voz musical flotó sobre nosotros.

—¿,Les importaría mucho que me sentase unos momentos con ustedes?

El doctor y yo levantamos los ojos al unísono.

Oscar silbó.

—Pero... ¡si es Venus en persona! Claro que no nos importa, señorita; al contrario, será un placer:

Cuando la rubia estuvo a nuestro lado, Oscar hizo un gesto y el, camarero se acercó.

—Para mi otro jerez. Para la señorita…

—Lo mismo, gracias —dijo Venus con una sonrisa que no tiró de espaldas al enamoradizo doctor porque detrás tenía el respaldo de la silla.

El camarero me miró a mí. No se había fijado aún en el tatuaje de detrás de la oreja.

—Para mí, una aceitera con aceite de la Standard Oil —dije amargamente.

El camarero sonrió, comprendiendo al instante. Cuando el profesor hubo brindado a la salud de Venus, ésta a la de él y yo a la de los dos con mí aceitera, aquél dijo:

—¿Y bien señorita?¿Qué es lo que desea usted de sus dos humildes y rendidos servidores?

Ella jugueteó con la copa, mirando el jerez al trasluz, antes de decir:

—¿Necesita usted algún ayudante para su viaje a Mechanicus doctor?

Oscar respingó. Mis circuitos sorpresivos se alborotaron.

—¿Cómo lo sabe usted. Ve… digo señorita?

—No se preocupe, doctor. Por rara coincidencia. Y aunque usted no lo crea, mi nombre es. Venus.

—¿Y el apellido? —inquirió, rápido el doctor. Ella irguió el busto de un modo majestuoso.

—La reina de Vega no necesita apellido, doctor.

—¡Cómo! ¿Usted la reina de Vega?

—Exacto, doctor.

Oscar me miró a mí y yo asentí con la cabeza.

Luego volvió la vista hacia la escultural rubia que pretendía ser la reina de uno de los más poderosos mundos de nuestra Galaxia.

—Pero, según las noticias, usted…

—En mi país no se emplea tal fórmula. En lo sucesivo la

suprimiremos. Lo mismo te digo a ti, Kabé.

—Soy tu humilde servidor, Venus —murmuré. Oscar continuó.

—Las noticias que tengo es que un grupo de revolucionarios te arrojó del trono y que te viste obligada a huir para salvar la vida, Venus —dijo Oscar.

—En parte, es cierto. Pero no tuve necesidad de huir; los revolucionarios me permitían vivir en Olimpia, la capital de Vega.

—Y tú no quisiste, ¿verdad?

—Cierto, Oscar. O todo, o nada.

—*Aut Caesar aut nihil* —repitió, en latín el doctor—. Creo que eso ya lo dijo antes que tú un celebre personaje de la Historia Terrestre que se llamo César Borgia. Y bien, ¿que es lo que pretendes? ¿Que te ayudemos?

Los esmeraldinos ojos de Venus, reina de Vega, brillaron súbitamente con intenso fulgor. —Exactamente. Hazlo, doctor Lavery, y te prometo honores y riquezas sin cuento.

Oscar se rascó la barbilla; me miró a mí, luego a una despampanante pelirroja que pasaba a unos metros de distancia y, al fin, suspiró:

—Lo siento, Venus; pero no puedo hacer lo que me pides. Eh este momento, no soy libre, ¿comprendes?

Una expresión de enojo apareció en el rostro de la joven.

—Di mejor que no quieres, doctor. O que tienes delante, como espía, a ese cnaenado «robot», que te impide...

—¡Eh —protesté—, poco a poco! Yo soy solamente un ayudante del doctor, pero no ningún comisario político. Con tal de que cumpla las órdenes del M.C.R., y las lleve a buen fin, lo demás me importa un pepino.

Venus volvió su esperanzada mirada hacia el doctor.

—Mechanicus dijo —está a corta distancia de Vega: sólo quince meses luz.

Oscar sonrió.

—¿Acaso existe Mechanicus, Venus? — preguntó irónicamente.

Ella enrojeció.

—¡Claro que existe! Yo lo sé porque... —se mordió los labios y calló de pronto—. Está bien; decídete de una vez.

—O todo, o nada ¿verdad? —sonrió el doctor—. Está bien; de momento no puedo darte una contestación concreta. Antes he de estudiar las condiciones del viaje y cuanto necesitamos para él. En caso de que decida algo afirmativo, ¿dónde puedo encontrarte?

Venus sonrió. Aquello ya no era una negativa rotunda.

—Estaré en el Hotel Canopus, doctor. Pero, por favor —dijo, con el más insinuante de sus acentos—, toma pronto una decisión.

Vi a Oscar a punto de derretirse, y aquello me mosqueó bastante, dicha sea la verdad. Soy un «robot» y, como tal, debo obediencia a los seres humanos, pero también mi conciencia positónica me obliga a buscar el bien de aquéllos a quienes sirvo. Y aquella Venus...

La reina de Vega agitó su mano. El camarero se acercó.

Oscar intentó protestar, pero ella no se lo permitió.

—¡Por favor! —dijo—. Esta costumbre terrestre de pagar lo que se consume es deliciosa y yo no puedo acabar de acostumbrarme a ella. Déjame que sea yo quien abone el importe.

—¡Je! —dijo Oscar—. No todos los humanos pueden presumir de que una reina les pague el aperitivo, ¿verdad, Kabé?

—Que no se olvide de los doce centímetros cúbicos de aceite que he tomado yo —mascullé furioso.

Nos pusimos en pie, porque la escultural Venus se marchaba ya.

Tendió su mano con lánguido abandono.

—Hasta la vista, doctor. Llámame pronto, por favor.

Y cuando nos habíamos quedado solos, Oscar me miró y dijo:

—¿Qué te parece la prójima, Kabé?

—Que lo ha vuelto de revés, como un guante —refunfuñé, tratando de

refrigerar el circuito de la cólera.

—Bueno, sea o no sea una reina, el caso es que es guapísima, Kabé. Y esto si que no puedes negarlo.

—Ni su estupidez tampoco, doctor.

—¡Kabé, recuerda que eres un «robot»!

—No me lo jure, doctor. ¿Acaso cree que lo he olvidado? Vámonos; sería conveniente que empezaramos a trabajar.

CAPÍTULO II

En la constelación de la Lira, Vega es la estrella Alfa, número 56 en el catálogo de Messier, situada en el Hemisferio Norte celeste, en la declinación +30°05', a unos 27 años luz de nuestro sistema. Vega es una estrella de primera magnitud, y dentro de unos 12.000 años será nuestra Estrella Polar, durante un periodo que alcanzará hasta los 26.000, después del cual la Polar de hoy volverá a ocupar su sitio.

Vega es la estrella más brillante de la Lira, acompañada de otras varias de cuarta y quinta magnitud, mucho más lejanas que ella: Beta, Gamma, Sigma, Epsilon… así como por una nebulosa anular de gran belleza espectacular, la cual, en dicho catálogo, ha recibido el número 57. Dentro de las estrellas, y aparte de Alfa del Centauro y Sirio, es de las más próximas a la Tierra.

Algunos años antes, una expedición comercial a Vega había sufrido un contratiempo en los motores hiperestelares de su nave, viéndose obligada a tomar tierra en un planeta que posteriormente había de recibir el nombre de Mechanicus, el cual estaba situado, como había dicho Venus, a un año y tres meses luz de Vega. ¿Qué es lo que había pasado allí? ¿Qué había ocurrido durante el viaje de regreso de la nave? No se sabía exactamente con toda claridad, puesto que a la Tierra sólo había llegado vivo uno de los tripulantes, en un estado tal de excitación nerviosa, que lindaba con la locura. Las autoridades del M.C.R. lo habían puesto en manos de los psiquíatras, después de haber escuchado parte de su incoherente historia, en la cual hablaba de un planeta habitado únicamente por «robots» y luego de una misteriosa

enfermedad que había exterminado a todos los tripulantes menos a él; pero antes siquiera de que el paciente hubiera podido ser estudiado médicamente, había desaparecido, sin que hasta el momento actual se hubiera sabido nada sobre su paradero.

El M.C.R. había estado absorbido por otros problemas de alta política estelar, uno de los cuales, y no el menor, precisamente, había sido la tensión existente entre nuestro sistema y los de Centauro y Sirio, tensión que, de una guerra fría, había estado a punto de transformarse en una caliente —¡y de qué temperatura!—. Afortunadamente, el buen criterio se había impuesto entre los gobernantes de uno y otro bando, y la tensión se había aflojado hasta la normalización de las relaciones, de tal forma que centaurinos y sirianos circulaban libremente por nuestros planetas, y viceversa, y todos los ciudadanos de cualquiera de los tres sistemas eran magníficamente acogidos en cualquier punto, pues incluso eran empleados y utilizados sus servicios, sin discriminación de raza ni nacionalidad.

La expedición que había ido a Vega, a punto de terminar ya su misión, tanto comercial como diplomática, se había visto envuelta en una serie de luchas internas, teniendo que escapar de allí poco menos que a uña de caballo. Una de las consecuencias de tales luchas civiles había sido el destronamiento de Venus como reina de aquel sistema y su consiguiente destierro, voluntario, según propias manifestaciones. Pero, ¿era aquella muchacha que nos había abordado en el café la auténtica exreina de Vega?

Una ley robótica, no escrita, nos ordena proteger al hombre a cuyo servicio estemos, siempre que, para tal protección, no hayamos de causar daño alguno a otro ser humano. Naturalmente, yo no iba a hacer ningún mal a Venus; mi cerebro positónico me lo habría impedido, haciendo que se fundiesen sus circuitos solamente con levantar la mano contra ella; pero, al mismo tiempo, yo debía proteger al doctor de cualquier asechanza que pudiera surgir durante el tiempo que yo estuviera a sus órdenes. Y, para empezar, decidí, en tanto que Oscar efectuaba sus primeros preparativos, hacer una visita a Venus.

En el Hotel Canopus, pedí que me dieran el número de su habitación. El ascensor me llevó al piso 18. Pronto me encontré ante la puerta de su apartamento.

Llamé con los nudillos y una agradable voz me dio permiso para entrar. Cerré la puerta, apoyando en ella mis espaldas de plástico, cubiertas por una liviana camisa.

Venus estaba sentada en una mesita, escribiendo algo. Durante un minuto, continuó su labor, hasta que, al concluir un párrafo, levantó la cabeza. Su cuerpo la siguió inmediatamente.

—¿Tú? ¿Qué haces aquí, Kabé?

—Mis respetos, Venus —dije—. He venido a verte… y hablarte.

—Yo no tengo nada que hablar con una máquina —dijo despectiva.

Liberé el circuito de las sonrisas, conectándolo con el del sarcasmo.

—¡Claro que no! Si me llamara Oscar Lavery, acaso te estarías derritiendo ahora en miel, ¿verdad?

—¡Kabé! Estás olvidando tus leyes, que te prohíben hacer daño alguno a ningún ser humano.

—Por el contrario, lo que trato es de evitar que esa persona sufra daño alguno.

—¡Me has insultado y ése es un daño moral! —protestó, enrojeciendo.

—Decir la verdad, nunca es un insulto, y los «robots» no podemos mentir jamás, Venus.

Se sentó, un poco furiosa. El vestido se le subió hasta la rodilla, pero como yo era —soy— un «robot», no se preocupó mucho de ello. Y yo tampoco, ¡diablos! ¡Si hubiera sido alguna lámpara de nueva especie...!

—Está bien, Kabé —me dijo—. Basta de discusiones. ¿Qué es lo que quieres de mi?

—Simplemente, saber unas cuantas cosas.

—¿Por ejemplo?

—¿Quién te ha dicho que Oscar Lavery va a comandar la expedición investigadora de Mechanicus?

Desvió su mirada de la mía.

—Pues... tengo un buen amigo en el M.C.R. y...

—¡Eso no es cierto, Venus!

—Estás insultándome de nuevo, Kabé. Te he dicho la verdad.

—Porque no tengo un detector de mentiras a mano; de lo contrario, harías saltar la aguja indicadora. Vamos, contéstame.

—No... no puedo decírtelo por ahora: Kabé —murmuró—. Créeme que lo siento, pero...

—En tal caso, no me quedará otro remedio que informar al M.C.R. de que hay extraños que están enterados de la expedición y que, por lo tanto, hay filtraciones. Investigarán y... ¿qué crees que te ocurrirá?

Sus cabellos se agitaron violentamente al volver su cabeza con rápido gesto hacia mí.

—¡No me ocurrirá nada, Kabé! Soy la reina de Vega...

—Dices que eres la reina de Vega, lo cual no es lo mismo. ¿Cómo podrías demostrarlo?

—A ti, de ninguna manera, pues no posees autoridad alguna para obligarme a ello.

—Por supuesto que no, pero puedo denunciarte.

—Denunciarme: ¿a quién, Kabe? Y, ¿puede saberse por qué motivo?

—Estás usurpando un título que no te corresponde y pretendes valerte de él para...

—El titulo es mío, puesto que me pertenece por derecho. Y no he tratado de valerme de él para nada delictivo, puesto que lo único que quiero es que el doctor Lavery me incluya en su expedición.

—Me gustaría saber qué es lo que dice el juez acerca de tus pretensiones de titularte reina de Vega. Aquí, en España, el uso indebido de títulos esta castigado severamente.

Venus soltó una, cristalina carcajada y se echó a reír.

—¿Y cómo lo ibas a probar, Kabé?

—Lo has dicho ante el doctor y ante mí.

Venus soltó una desdeñosa bocanada de humo.

—La palabra de Lavery contra la suya. Y la tuya, máquina oxidada, no

sirve en un tribunal.

—Los «robots» no mentimos jamás —dije, y por lo que a mi respecta, mintiendo descaradamente.

El cigarrillo de Venus se colocó a dos centímetros de mi rostro cuando extendió acusadoramente su brazo.

—¡Por eso precisamente, Kabé! Tú, sirviendo de testigo, tendrías que decir la verdad. Al decir la verdad, el juez me tendría que condenar; yo sufriría un daño, como es la prisión o la multa… y ese daño estaría, aunque indirectamente, causado por un «robot», la máquina que no puede dañar a los seres humanos. Por eso —concluyó triunfalmente— los «robots» no pueden servir, ni se admiten jamás, como testigos en un tribunal de justicia.

—Estas muy enterada de los tecnicismos legales robóticos, Venus. Me gustaría saber qué es lo que dice el registro del hotel. Ahí sí que no cabe la mentira.

Se echó a reír nuevamente.

—Me inscribí con mi legítimo nombre: Venus de Vega. Puedo desafiarte a que demuestres que no es el verdadero.

Separé mis espaldas de la puerta.

—De acuerdo, Venus. Concedido que eres la reina de Vega. Pero, ¿por que eres tan ingenua que supones que el profesor Lavery va a ayudarte a recuperar tu trono? ¿Es que piensas que va a llevar un crucero de batalla, con varios miles de soldados a bordo, bien pertrechados y municionados? No; irán él, unos cuantos científicos, aparte de los astrogadores y tripulantes, y una patrulla de Marinos del Espacio, como protección. En total, cuarenta o cincuenta hombres, a lo sumo.

—Y un «robot».

—Y un «robot», sí. ¿Crees que con cincuenta hombres, muchos de ellos ya de cierta edad y con poco o ningún espíritu combativo, se puede recobrar un reino?

—Eso es cuenta mía, Kabé. De momento, lo único que pretendo es que me incluya en la expedición.

Solté el circuito de la risa.

—Tú has leído la Odisea, Venus, y piensas que puedes ser la Circe de Ulises, digo del doctor.

Palideció repentinamente.

—¿Es que tiene alguna Penélope esperándole? Moví las palancas que me encogían de hombros.

—No lo sé, pero no es fácil.

—¿Por qué no es fácil, Kabé? — inquirió, esperanzada.

—Porque, como le gustan todas, no querrá amarrarse a una de por vida, Venus — dije.

Mi respuesta la sentó como un tiro. Aplastó el cigarrillo nerviosamente.

—Está bien; dejémoslo correr. Te haya enviado él o no, ya me has estudiado bastante. Ahora, déjame; tengo que hacer algo para lo cual tu presencia no es necesaria.

Reparé en la carta que estaba escribiendo. Ella se dio cuenta de mi mirada y corrió, sin que lograse alcanzarla. Yo la tomé primero.

—Kabé —dijo—; dame esa carta.

—Antes he de saber a quién escribías.

—¡Eso no te importa a ti! Dame la carta.

—Primero la he de leer.

—¡No! Kabé, te lo prohíbo. Soy un ser humano y tú una máquina. Si me desobedeces, daré cuenta de tu conducta y te enviarán al incinerador, ¿lo oyes?

—Estoy al servicio del doctor Lavery y no puedo tolerar que tu conducta pueda acarrearle ningún daño. Te devolveré la carta cuando la, haya leído.

Arrojando llamas por sus ojos, Venus retrocedió unos cuantos pasos, sin quitar su vista de la mía. Retrocedió, hasta detenerse junto a un amplio ventanal, desde el cual se dominaba el paisaje de la capital de España.

La ventana tenía una especie de repisa, situada a unos cuarenta

centímetros del suelo, en el cual había, como adorno, algunas pequeñas macetas con cactus y plantas por el estilo. Pero también había otra cosa que Venus tomó, con rápido gesto, encarándola contra mí.

—¿Sabes lo que es esto, Kabé? —preguntó—. ¿No? ¿Has oído hablar alguna, vez de las pistolas cósmicas?

Mi circuito de la sorpresa se puso al rojo vivo.

—¡Cien mil neutrones! —exclamé—. ¿Una... pistola... cósmica...?

—Exacto —sonrió fríamente Venus—. La tenía aquí, en la ventana, reponiendo su carga. Esta clase de armas no se encuentra en la Tierra, Kabé, por la sencilla razón de que no existen. Ni tampoco hay muchas en Vega. Yo me traje una y puedo asegurarte que no hay nada que se les resista. Ni siquiera las duras aleaciones de que estás construido, Kabé.

Miré la pistola cósmica con infinito respeto. Ella lo notó y se echó a reír, triunfante.

—Basta dejarlas quince o veinte minutos al sol, para renovar su provisión de rayos cósmicos, tanto más abundante cuanto más calienta el sol. Y el de España —suspiró— ¡Es tan maravilloso! O, al menos, así lo dicen las Agencias de Turismo, ¿verdad, Kabé?

—Verdad — dije de mala gana.

Sabía algo sobre armas cósmicas y no tenía ganas de probarlas.

—Muy bien, Kabé; veo que te has convencido.

Eres el alcaloide de la simpatía hecha «robot». Deja ahora la carta...

Pero Venus no pudo concluir; la puerta de la estancia se abrió repentinamente.

Dos hombres penetraron por ella. Venus, al verlos, escondió la pistola cósmica tras sus espaldas. Y yo me sobresalté al verlos.

Las pistolas que traían eran muy anticuadas, y el silenciador también, pero no por ello menos efectivos. Tenían cara de bandidos y sus gestos denotaban que ejercían con honradez la profesión.

—Sabemos —dijo uno de ellos, adelantándose un paso— que ha estado usted escribiendo una carta, señorita. ¿Dónde está?

—¿Para qué la quieren ustedes? —inquirió Venus, rehecha en parte de la sorpresa que nos habían causado aquellos tipos.

—Eso no te importa, guapa —dijo el otro con voz bronca—. Venga la carta, si no quieres que te agujeremos ese pellejo tan lindo que te gastas. ¡Venga, rápido!

—Me gustaría saber cómo se han enterado de que escribía una carta —murmuró la joven pensativamente.

—La hemos estado viendo por la placa que usted se dejó descuidadamente conectada —gruñó el primero—. Sabemos quién es el destinatario de la carta, pero no conocemos su contenido. Usted se lo dijo por el visoteléfono, sin mencionar el tema. Nosotros queremos saberlo… ¡y lo vamos a saber, por encima de todo! ¡La carta, vivo!

Venus me miró y yo le devolví la mirada. Comprendí que me estaba suplicando que la defendiera.

Uno de los bandidos se echó a reír.

—Este bruto es una máquina y no puede hacernos daño alguno, hermosa, de modo que no le pidas con los ojos que la emprenda con nosotros. Además, aun cuando tuviera los circuitos modificados, antes de que diera un solo paso, dispararíamos contra ti. La carta, ¿dónde está?

—Dásela. Kabé —suspiró Venus.

Yo alargué la mano, con el papel en ella.

Los dos bandidos desviaron un instante la mirada, al ver mi gesto. Para Venus fue suficiente aquel cortísimo espacio de tiempo.

Su mano, armada con la pistola cósmica, apareció antes de que los asaltantes hubieran podido darse cuenta de ello. Un rayo de sol, intolerablemente cegador, surgió de la boca de la pistola por dos veces, y en cada una de ellas hizo un blanco.

Durante un segundo, los dos cuerpos de los bandidos se transformaron en sendas siluetas de brillante color de oro, que se desvanecieron apenas entrevistas, dejando, como único rastro de su presencia allí, un tenue olor a carne quemada y dos trozos de metal retorcido en los cuales no se podían reconocer las pistolas que habían empuñado. Tan rápidamente actuaban las descargas cósmicas, que consumían la pólvora sin darle tiempo a estallar.

Sonriendo con indiferencia, Venus fue hacia un rincón de la estancia y puso en marcha un aspirador que limpió de malos olores el aire. Luego tomando un pulverizador, empezó a esparcir unas cuantas nubecillas de «Tossa, número 10».

—¡Si… sistema so… olar! —balbucí— Venus, me descubro ante ti.

—Bonitas armas, ¿eh? —me dijo, en tanto oprimía la pera del perfumador—. ¿Te gustaron, Kabé?

—SI hubiera sido humano, tendría que haber tragado saliva. Pero lo único que conseguí fue tartamudear, debido a la repentina baja de temperatura en mis circuitos.

—Muchas gracias. Kabé. Es el mejor elogio que has podido hacerme. Lo único que siento es —y su hermosísimo rostro adquirió una expresión compungida, más falsa que el alma de Judas— que la carta se haya quedado también con los dos pandilleros y que tú no hayas podido enterarte de su contenido.

—Pero ellos sabían el destinatario. ¿Quién era? Rió argentinamente. Se encaminó hacia su dormitorio,

—Te lo diré otro rato, Kabé. Ahora… ¿Sabes que mientras venias, el doctor me llamó y me ha invitado a cenar? Puedes venir, si quieres, Kabé. Eres una máquina y no nos molestarás mucho.

Procuré sonreír.

—¿Le es lícito a un «robot» enviar al diablo a un humano? —mascullé, con el circuito de la ira en alta tensión.

Pegué un portazo y salí de allí, habiendo fracasado rotundamente. Y ella se había burlado de lo lindo de mí. ¿A quién escribía? ¿De qué trataba aquella carta?

CAPÍTULO III

Los viajes hacía las estrellas se emprenden todos desde la Luna. Los viajes interplanetarios se verifican en las anticuadas, pero no por ello menos útiles, naves de propulsión a chorro y motores nucleares, porque es algo imposible para una distancia tan corta como la que hay

entre la Tierra y los planetas, utilizar naves de motores hiperestelares, que distorsionan el efecto espacio-tiempo, reduciéndolo a proporciones increíblemente pequeñas, durante cortísimo tiempo, permitiendo así recorrer distancias que antiguamente hubieran parecido imposibles de salvar. Para viajar a Plutón, por ejemplo, a una distancia media de la Tierra de unos seis mil millones de kilómetros, no da resultado utilizar una nave estelar, puesto que el primer impulso, por moderado que fuera, la llevaría muy lejos de los confines de nuestro sistema solar. Uno no toma el tren para ir a la casa del vecino, que está enfrente, al otro lado de la calle, ¿verdad? Pues éste es el símil más acertado para diferenciar unas naves de otras.

Sin embargo, y a pesar de los adelantos, no hemos podido liberarnos de la servidumbre de las naves a chorro. Las naves estelares no pueden partir desde la Tierra, sencillamente porque nuestro planeta tiene una atmósfera de que carece la Luna, y es preciso que el impulso inicial de un viaje interestelar, se haga desde un sitio totalmente limpio. Me explicaré.

La partida del viaje hacia las estrellas se hace desde lo que generalmente, y en lenguaje vulgar, se llama las puertas del cielo. Éstas no tienen nada de tal. Son simplemente, una especie de aros de gran tamaño, orientables en el sentido que se desee, y a través de los, cuales se hace la distorsión del campo hiperestelar, enviando a la nave a su punto de destino. Los aros están milimétricamente ajustados al diámetro de las naves, y el más pequeño error causa la destrucción de la nave y, naturalmente, de sus ocupantes. Para que no haya ningún error, se precisa una absoluta exactitud en los cálculos de lanzamiento, y éstos pueden verse afectados por la existencia de una atmósfera que refracta los rayos visuales, dando lugar a errores que no admiten enmienda. Careciéndose en la Luna de atmósfera, es obvio que dichas puertas hayan sido instaladas allí, en número suficiente para apuntar a todos los lugares del Universo.

Nosotros teníamos que utilizar la puerta sur, puesto que en la primera etapa de nuestro viaje iba a ser Primus, planeta perteneciente al sistema de Alfa del Centauro[2], llamado así por haber sido, precisamente, el primer planeta descubierto por el hombre en su primera aventura fuera de nuestro sistema solar.

Por lo tanto, hubo que hacer el viaje de la forma acostumbrada e incómoda que se acostumbra a ir a la Luna: cohete hasta la Estación Orbital; nave interplanetaria de aquí al satélite, y, una vez llegadas a éste ,aguardar la llegada del aparato que nos había de transportar durante el viaje que nos estaba destinado.

Cómo Venus se las apañó para ser incluida en el rol de la tripulación, es algo que ignoro, pero, en todo caso, debían de ser muy grandes sus influencias puesto que, cuando ya estábamos en el astropuerto de Barajas Dos, apareció ella seguida por un par de mozos portadores de un sinnúmero de bultos que constituian su equipaje.

Naturalmente, Oscar no dijo nada —¿qué iba a decir, el muy…?—, pero a mi se me recalentaron algunos circuitos, y no el de la simpatía precisamente.

—¿Piensas llevar esa montaña de ropa durante el viaje? —refunfuñé.

Ella me dedicó una de sus más amables sonrisas.

—Lo siento mucho, Kabé —dijo, falsamente compungida—; pero, por más que lo he intentado, no he podido reducir el volumen de…

Sin mirarla siquiera, comencé a hacer una selección de maletas, maletines y cajas de todo género, apartando a un lado las que estimé inútiles. Al fin, el equipaje de la fémina quedó reducido a tres bultos de fácil acomodo en la nave.

—¡Esto es insoportable! —dijo ella, pateando el suelo—. Oscar, si he de seguir así todo el viaje, peleándome con este condenado «robot», desde ahora prefiero quedarme en tierra.

Ordené a los maleteros que se llevaran el exceso de equipaje, y luego tomé lo poco que había quedado, al mismo tiempo que echaba a andar hacia la pista de despegue.

—Haz lo que quieras, Venus —dije—. Si yo fuera el comandante de la expedición, no podrías darme mejor noticia. Desgraciadamente, y como tu has dicho, soy sólo un «robot», que se ve constreñido a obedecer ciegamente a los seres humanos…

—¡Menos a mi! ¿Ignoras que el dejar aquí la mayoría de mi ya reducido equipaje me causa un grave daño?

—En tu orgullo femenino solamente— Venus. Pero haciendo lo que he hecho he evitado un daño mayor, de modo que no he violado ninguna de mis Leyes; antes, al contrario, te estoy causando un bien con la supresión de esa media tonelada de ropa que tu te disponías a llevar en el viaje.

—¡Oscar! —gritó la muchacha—. ¿Tolerarás que Kabé se inmiscuya de este modo en nuestros asuntos?

—Pues... Mira, Venus... Kabé es un buen chico..., digo, un buen «robot», y cuando hace una cosa, sabe bien lo que se hace. Opino que...

—Opino que no eres más que un pelele en manos de un saco de protones, Oscar —dijo ella desdeñosamente—. Si yo fuera el jefe de la expedición, Kabé se quedaría en tierra.

—Entonces no podrías ser el jefe de la expedición, porque el M.C.R. te destituiría fulminantemente si hicieras tal cosa —dije, depositando las maletas de Venus en la báscula. Un empleado las pesó y anotó el resultado en la tarjeta de vuelo, haciendo luego lo mismo con el equipaje de Oscar. Mi aceitera mereció los honores de la báscula.

Todavía seguían discutiendo Venus y Oscar cuando despegó el cohete estratosférico, y aún continuaban cuando ya estábamos en la nave lunar. A bordo, me dediqué a repasar el rol de la tripulación que iba a viajar con nosotros hasta Mechanicus.

De los tripulantes propiamente dichos, destacaban el primero y segundo pilotos —Oscar era el capitán—, John Gregg y Tomás Salcedo. Pierrot Lalande y Phil Carson, astrogadores —navegantes—. Del grupo de científicos, los más idóneos, a mi robótico entender, eran Burt Cassidy y Jan Lomanski, especialistas en cibernética. Werner Schuyller, teniente-comandante del pelotón de Marinos del Espacio que venía con nosotros, cerraba la lista de personas importantes, las cuales, en total, excluyéndome a mí, sumaban una cincuentena.

En Starport (Puerto de las Estrellas) nos fuimos reuniendo todos los componentes de la expedición. A excepción de Schuyller, que llegó en una nave aparte con sus dieciséis soldados, los demás llegaron por sus propios medios.

Starport está situado en el cráter o circo de Clavio, en el cual hay varios aros o puertas, en distintas direcciones, los cuales apuntan a otros situados correlativamente con ellos en distintas variables, según sea el objetivo a que apunten, La puerta sur está situada en la cima de les Montes de Leibnitz, con sus nueve mil metros de altura sobre el nivel general del suelo lunar. Desde el punto en que nos hallábamos, divisábamos perfectamente la chispa luminosa que era la puerta, cuya luz aumentaba bruscamente cuando alguna nave estelar entraba o salía del hiperespacio, partiendo o regresando a nuestro mundo.

Poco a poco, los miembros de la expedición fueron reuniéndose en Starport. Como todavía faltaban algunos, Oscar propuso, y Venus

aceptó, ir a echar un vistazo a la puerta sur primera. Lo dijo delante de mí y yo me agregué a la partida.

Salimos de las cúpulas que constituyen la ciudad, viajando en un oruga estanco, el cual nos llevó al borde sur de Clavio, después de un recorrido de unos 110 kilómetros (Starport está situado, aproximadamente, en el centro), y un ascenso de 5.200 metros, pues, por término medio, tal es la distancia que hay entre el suelo del cráter y la cresta de la muralla que lo circunda. La puerta sur primera estaba situada en uno de los más agrestes picos de la muralla.

Para el acceso de quienes allí estaban empleados, se había construido una ancha y cómoda carretera, aunque con numerosas curvas, la cual facilitaba notablemente el ascenso. Los ciento y pico de kilómetros fueron recorridos en poco más de dos horas, al cabo de cuyo tiempo nos hallamos al pie del colosal aro que, era aquella puerta estelar.

En la cima de la muralla, se había hecho una gran explanación, de al menos dos kilómetros cuadrados. Los edificios en los cuales vivían los empleados que atendían a la puerta estaban situados debajo, de modo que no interfirieran en absoluto la marcha fulminante de las naves.

Descendimos del oruga, pidiendo permiso para visitar la puerta, que nos fue concedido, no tanto en gracia a quienes éramos como por el hecho de que en aquellos momentos no se esperaba la llegada de ninguna nave.

La puerta era un aro de unos veinticinco metros de diámetro, de aparente sencillez, Estaba sostenida por unos soportes piramidales, de plástico endurecido, con el fin de conseguir un absoluto aislamiento del suelo. El metal de que estaba construido era acero, una lámina de un par de metros de ancha, por unos cuantos, pocos, centímetros de grosor, brillante, reflejando con vivísimos destellos la luz de los astros. De la parte inferior del aro partía un sistema de cables, convenientemente protegidos, que, por conductos subterráneos, iban a parar a los edificios del otro lado de la muralla, en donde se impartía la formidable cantidad de energía precisa para llegar a la otra puerta y, de aquí, ser lanzada la nave a su destino, en el hiperespacio.

Caminamos, embutidos en nuestros trajes de vacío, en silencio, hasta situarnos a unos cuantos metros de distancia de la puerta, procurando orientarnos en la dirección que íbamos a tomar unos días más tarde. Entonces contemplamos un curioso fenómeno.

Las estrellas brillaban fríamente en el cielo, pero dentro del aro no se

veía ninguna. Parecía como si hubieran desaparecido en su totalidad, siendo sustituidas, ellas y el negro espacio, por una especie de disco vagamente luminoso, del que irradiaba una tenue vibración, apenas perceptible, que no permitía ver nada más.

—¿Por qué no vemos las estrellas? —inquirió Venus.

—Por la sencilla razón —contesté, anticipándome a la respuesta del doctor—, de que eso que estamos viendo no es otra cosa que el hiperespacio, o sea, un espacio completamente distinto al nuestro en que vivimos.

Venus corrió entonces, a grandes saltos, hasta el otro lado del aro.

—¡No os veo a vosotros desde aquí! —dijo riendo—. ¿Estáis en el otro mundo?

—No me gustan esas bromitas —masculló Oscar—. Ven aquí, Venus.

—Déjame un momento más, Oscar, ¡es tan bonito mirar a través de esta puerta!

—¡Pero si no se ve nada! —objetó el doctor.

—Precisamente por lo mismo. Así me evito la presencia de Kabé.

—¡Vaya! Hacia mucho tiempo que no te metías conmigo. Para no verme —dije— lo único que hace falta es volver la cabeza.

—Lo cual, no impide tenerte a mi lado.

—¿Te gusta más Oscar, verdad?

—¿Qué opinas tú, Kabé?

—Que lo diga el interesado —mascullé.

—El interesado dice que…

No pudo acabar. Una voz, sonando en nuestros receptores, le interrumpió bruscamente.

—¡Atención, atención, Starport! Astronave «Ghana Número Tres» pide aterrizaje de emergencia. Repito… Traemos un herido grave a bordo y no podemos aguardar un minuto más o, de lo contrario, se nos morirá.

—«Ghana Número Tres,>, le doy puerta libre.

Vaya a la puerta sur y aterrice.

—O. K., Starport. Gracias. Vamos allá.

En un momento comprendí el gravísimo peligro en que nos hallábamos.

—¡Venus, ven acá! —grité,

—¿Qué ocurre, Kabé?

—¿No lo has oído? Una nave estelar va a efectuar un aterrizaje de emergencia y hemos de abandonar la explanada.

Otra voz llamó a través de la radio.

—¡Urgente, doctor Lavery! Salgan de la puerta todo lo rápido que puedan. Dense prisa, por favor. ¡Corran!

Venus comprendió que la cosa iba en serio. Corrió hacia nosotros, alargándonos las manos. Tiramos de ella y echamos a correr hacia el borde norte de la planicie, situado a medio kilómetro de distancia.

La gravedad menos seis de la Luna nos salvó.

De lo contrario, no estaría contándolo ahora. Llegamos al borde y no nos entretuvimos en mirar lo que había debajo de nosotros; simplemente, saltamos al vacío.

Era una cortadura de unos veinticinco metros, equivalente a unos cuatro terrestres, por la cual nos tiramos sin pensarlo dos veces. Todavía estábamos descendiendo lentamente, cuando hubo una repentina vibración, que nos hizo revolotear sobre nosotros mismos, como envueltos en un furioso remolino de aire.

A treinta metros sobre nuestras cabezas, se materializó la imagen de una nave estelar, larga, ahusada, utilizando ahora sus motores nucleares para sostenerse sobre la Luna. Ya en campo espacial normal, a pequeña velocidad, se dirigió hacia Starport, dejándonos la convicción de que habíamos escapado a la muerte por verdadera casualidad.

Ya no nos movimos más de Starport hasta la hora de nuestra partida, y cuando nos disponíamos a embarcar, me di cuenta de que faltaba un tripulante: Jan Lomanski, técnico en robótica.

CAPÍTIULO IV

La bola, de un metro de diámetro aproximadamente y color gris parduzco, vino rodando y botando hasta nosotros, como si fuera una pelota de fútbol. Se detuvo y de pronto pareció escindirse en varios gajos.

Venus lanzó un chillido. Oscar respingó. En verdad que era difícil acostumbrarse a la presencia de los sirianos y, a pesar de que ya hacia algunos años que los conocíamos, todavía no nos habíamos habituado a su extraña morfología.

Por eso lo observamos con curiosidad.

Los gajos se convirtieron en seudópodos, al extremo de cada uno de los cuales había una rojiza pupila que nos lanzó su séxtuple mirada, con un fondo de innegable simpatía. Del centro de la bola, abierta ahora, salió un largo tallo que osciló levemente a derecha e izquierda, en tanto que de su extremo, en el que había media docena de muescas, en forma de zig-zag, no superiores cada una a los cinco centímetros de longitud, salía una vocecilla aflautada, que nos saludó;

—¡Hola! ¿Como estáis? Yo soy D'War, el técnico en energía hiperatómica. Voy con vosotros a Mechanicus; ¿Lo sabíais?

Oscar asintió, tragando saliva. Venus, precautoriamente, se escondió tras el doctor, asomando únicamente sus lindos ojos. Yo le saludé por los tres.

—Encantado de conocerte, D'War. El doctor Lavery, comandante de la expedición. La señorita Venus de Vega, historiógrafa.

—Hola, guapa. Salve, doctor —fueron los pintorescos saludos del siriano—. Me alegro de conocerte, máquina.

Los sirianos eran muy buscados entre nosotros, los terrestres, por su casi inmunidad a las mortíferas radiaciones de los motores hiperatómicos, y esto precisamente había sido una de las causas de la tensión existente antaño entre la Tierra y Sirio, tensión que, como he dicho, se había aflojado hasta convertirse en una sincera amistad entre los dos pueblos. Últimamente se había hecho inevitable que un siriano, por lo menos, viajase en cada nave terrestre, y los sueldos que

se les pagaban, en buenos y contantes «garants», hacía palidecer de envidia al mismísimo presidente del Gobierno Central.

—¿Qué ocurre? —preguntó D'War—. ¿Por qué no salimos ya?

—Falta un tripulante —refunfuñó Oscar, malcontento—. Jan Lomanski. ¿Lo has visto tú, D'War?

—¿Lomanski? ¿Quién es el tipo, jefe?

Era sorprendente el modo con que los sirianos se habían adaptado a nuestra habla y costumbres.

D'War parecia un cactus, pero hablaba como uno de nosotros.

—Un especialista en cibernética —rezongó Oscar—; aunque más bien parece que sea un especialista en retrasos.

—Eso creo —chilló el siriano—. Bueno, hasta luego; voy a repasar los motores de la nave. Si le veo en mi camino ya os lo enviaré. ¡Hasta la vista, guapa!

Encogió los tentáculos, replegó los gajos y se convirtió de nuevo en una esfera que salió dando botes, ante la aprensión de Venus y el regocijo mío. Cuando hubimos perdido de vista a D'War, Oscar empezó a echar pestes contra Lomanski, amenazando con partir sin él si no se presentaba en el plazo de dos horas.

—No puede usted hacer eso, patrón —le dije—.

Las órdenes son terminantes.

—Para todo. La «Armenia» tiene señalada su salida para dicha hora; y no puede retrasarse ni tan siquiera un microsegundo. De lo contrario, el tráfico estelar sufriría perjuicios incalculables.

—No es preciso que me lo diga, doctor —murmuré, también enojado en mi interior.

¿Dónde diablos se habría metido aquel condenado Lomanski? No había habido retrasos ni averías en ninguna nave planetaria, de modo que, a la fuerza, tenia que hallarse en la Luna, cuando menos, si no ya en Starport, y aunque la ciudad era grande, no lo era tanto que en media hora no se recorriese de punta a punta.

Consulté mi reloj de pulsera.

—Jefe, voy a darme una vuelta por Starport a ver si lo veo. Ustedes vayan hacia la «Armenia»; yo les alcanzaré allí.

—De acuerdo, Kabé. Pero ten en cuenta que si dentro de ciento quince minutos no estás allí, partiré con o sin ti y ese maldito Lomanski.

—Hará usted bien, jefe —dije volublemente, y, del bar en donde estábamos, salté a una de las aceras rodantes, que se dirigía al centro de la ciudad.

Starport está construida a base de cúpulas transparentes de plástico, sostenidas por la simple presión atmosférica de su interior. Las cúpulas están formadas por dos capas, entre las cuales se desliza un gas opaco, innocuo, a horas determinadas, para producir una noche artificial durante el tiempo en que el sol alumbra la cara visible de la Luna, que son catorce días terrestres, o sea en fase de luna llena. En luna nueva, el sol es sustituido por potentísimas lámparas de luz blancoamarillenta, emisoras de una prudente cantidad de rayos ultravioletas, cuyas lámparas se encienden y apagan también a horas fijadas de antemano, en correlación con el tiempo de la estación que reina en la Tierra. El resultado es fácil de suponer: salvo la inevitable escasez de gravedad, en todo lo demás apenas si uno se da cuenta de que no está en nuestro planeta. Hasta los precios son tan caros, ¡Galaxia!

A medida que la cinta iba corriendo, mi supervista iba escudriñando todos los rincones posibles en donde Lomanski pudiera hallarse. Salvo los dormitorios y los cuartos de aseo, y esto por razones obvias, todos los demás departamentos están abiertos, pudiéndose ver su interior desde las «calles». Los edificios oficiales están concentrados en una cúpula, y todos los demás están destinados a lugares de negocios o esparcimiento: tiendas, cafeterías, cines, etcétera. Pero Lomanski semejaba no haber existido jamás, según me pareció al cabo de casi una hora de incesante búsqueda.

Harto ya, decidí recurrir a un lugar en el cual podría saber si el pájaro había llegado o no a Starport: la O. R. V. A. u Oficina de Registro de Viajeros del Astropuerto.

Un empleado acudió al verme en el mostrador y, aunque en seguida supo que era un «robot», no se espantó por ello.

—Desearía saber si un tal Jan Lomanski ha llegado en estos últimos días a Starport.

—Al momento —dijo el empleado, y sus dedos volaron sobre las teclas

de una registradora que tenia allí. Marcó las últimas fechas y el nombre citado, y treinta segundos más tarde, una tarjeta perforada era expulsada al exterior.

La tomó, leyéndola.

—Jan Lomanski cuarenta y un años de edad, natural de Grodno, soltero, especialista en cibernética, vuelo 207-C. Llegó anteayer, en la astronave de órbita limitada «Panamá». Declaró alojarse en el «Luna-Crillon» y... eso es todo lo que sabemos.

Deposité un par de «garants» sobre el mostrador, como signo de agradecimiento. El empleado, al ver la manera como usaba el dinero, pareció dispuesto a regalarme el satélite entero.

—Me basta —dije— con que me ponga en comunicación con el «Luna-Crillon».

—Un momento, por favor —y el mozo marcó un número en el disco. Habló brevemente y luego cortó la comunicación—. Lo siento, señor. El señor Lomanski abonó hace unos momentos el importe de su estancia en el hotel y se marchó, llevándose el equipaje. Dijo que iba al astropuerto y en el hotel ya no han vuelto a saber nada más de él.

—Gracias —murmuré pensativo—. Y no me llames señor; soy un «robot», ¿sabes?

—Como quiera el señor... digo, a tu gusto, «robot». Emprendí el camino de vuelta hacia el extremo opuesto de Starport, en donde se hallaba la esclusa de salida. Me dejé llevar por la cinta deslizante, muy pensativo, aunque, diciendo la verdad, no tenía motivos para ello. Acaso Lomanski había tomado parte en una juerga y se había dormido, o bien se le habían pegado las sábanas, sin más. Esto puede ocurrirle a cualquiera, de modo que, en realidad, no tenía que preocuparme por el polaco. Pero mi positónico subconsciente no se hallaba del todo conforme con la teoría que acababa de elaborar. En una expedición como la nuestra, se exigía el máximo de disciplina y puntualidad, y si los más conspicuos eran los primeros en quebrantarla....

Levanté los ojos de pronto. Yo soy un poco distinto de los hombres. Puedo ver una cosa y pensar en otra al mismo tiempo, sin que la una se interfiera en la otra. Y en tanto pensaba en Lomanski y lo que le había podido pasar, hallé que lo tenía al alcance casi de mis manos.

Salté de la cinta deslizante. Había estudiado las movifotos de todos

cuantos componían la expedición, de modo que mi memoria electrónica no podía engañarme. Aquel tipo de mediana edad, con hombros tan anchos como su altura, con manos como jamones y ojos hundidos en sus órbitas, como si fueran los de un gorila, no podía ser otro que el polaco. Pero, ¿quiénes eran los otros dos tipos que estaban con él sentados ante una mesa del café «Casa Granada»?

Lomanski parecía un hombre capaz de luchar contra seis con una sola mano y vencerlos, al mismo tiempo que con la otra podía jugar seis simultáneas de ajedrez tetradimensional, que ya es decir. Sin embargo, en aquella ocasión parecía disminuido, encogido, ante los reproches que le hacían aquellos dos Individuos, cuya casta parecía ser la misma de aquéllos que Venus había fulminado con su pistola cósmica en el Canopus.

Fuera lo que fuera, apenas si quedaba ya media hora para la partida y el tiempo urgía. Penetré resuelto en «Casa Granada» e, inclinándome, tomé el maletín que había a los pies del polaco.

—Dispénseme, señor Lomanski —dije—; pero se nos está haciendo tarde.

Los tres me miraron con simultáneo gesto.

—¿Quién es usted? —gruñó uno de los esbirros—, ¿Quién le ha dado ,vela en este entierro, amigo?

Dí mí filiación, concluyendo:

—Soy el ayudante personal del doctor Lavery y estoy aquí por encargo suyo. Se nos está haciendo ya tarde, señor Lomanski.

—Sí, Sí... —balbuceó el polaco—. De acuerdo, Kabé, Vete andando; yo te alcanzo.

—Lo siento, señor —dije con todo respeto—; pero debo llevármelo conmigo.

Mentía descaradamente, cosa que un «robot» no puede hacer. Pero ya he dicho que no soy un «robot» corriente y, además, en cierto modo, decía verdad, puesto que, de haber estado allí el doctor, hubiera hecho lo mismo que yo.

—Escucha, saco de alambres —gruñó uno de los individuos—: o te largas de aquí ahora mismo, o te fundo de un tiro cuatro lámparas. ¿Me has oido?

—¡No, por Dios, Donato! ¡No cometas tal barbaridad! Kabé, dispénsalo; está un poco…

—¡Estoy como quiero! Tú, maldita máquina, vete de aquí y déjanos en paz. Lomanski y nosotros tenemos que hablar mucho aún, ¿comprendes?

El polaco me miró suplicantemente. Parecía que en aquel inmenso corpachón no pudiera tener cabida el miedo y, sin embargo, Lomanski lo tenía en grandes dosis. La frente le sudaba perceptiblemente.

—Tengo que irme, Donato —se quejó—. La «Armenia» va a partir en seguida y…

Aquel individuo que se llamaba Donato hubiera podido desempeñar muy bien el papel del demonio en cualquier auto sacramental; tal era su físico. Sonrió desagradablemente, dejando ver una doble hilera de dientes duramente castigados por el abuso de la nicotina.

—Está bien, Lomanski, está bien, Naturalmente que nos interesa mucho hablar contigo, pero… podemos continuar en otra parte la conversación. En tu nave, por ejemplo, ¿no te parece, Marty? —y el individuo dio con el codo a su compañero, quien asintió con vivos gestos.

—¿En… en la nave? Pero… pero si sale dentro di un cuarto de hora… No tendremos tiempo…

Donato se echó a reír.

—¡Ya lo creo que tendremos tiempo, Lomanski! ¿No crees que sobrará en el viaje de aquí a Vega?

El polaco palideció.

—¡No podéis venir conmigo! ¡Las plazas están completas y el doctor Lavery no os admitirá!

—Tú le convencerás, Lomanski. En un viaje como el que hacéis, lleno de peligros —y Donato subrayó deliberadamente la palabra—, dos hombres de más no son nunca ningún estorbo. ¡Andando!

Lomanski me miró. —Kabé, yo…

—Lo siento —dije—. Soy un «robot» y, como tal, he de obedecer toda orden humana que se me dé, siempre que ello no implique el causar

daño alguno a otro hombre.

—Y precisamente —dijo Donato con frescura desobedeciendo nuestra orden es como serás el origen de un daño que nosotros infligiremos al amigo Lomanski. ¡Vivo, que llegamos tarde!

Donato arrojó medio «garant» sobre la mesa y nos empujó al polaco y a mí. Los cuatro pasamos a una cinta rodante que nos llevó a la esclusa de salida que daba al astropuerto.

No me preocupé mucho ni me rompí los circuitos pensando en la pareja de granujas que llevábamos con nosotros; aun siendo cortos los viajes interestelares, habría tiempo más que suficiente para descubrir las intenciones de aquellos tunos y sus relaciones con el polaco, especialmente los medios de que se habían valido para amedrentarle de aquella manera.

Llegamos con tiempo justo a la base de partida.

Por encima de nosotros, sostenida por un enorme despliegue de energía antigravitatoria, la «Armenia» flotaba en una longitud de cien metros al menos, arrojando una sombra ahusada sobre el suelo lunar. La trampa de acceso estaba abierta y en ella misma, en tanto se compensaba la presión de aire, me puse en contacto con el doctor.

—Kabé al habla, jefe. Traigo a Lomanski conmigo.

Percibí un claro suspiro de alivio.

—Está bien —dijo—; ocupad vuestras literas antichoque. En cuanto nos hallemos en órbita libre, que venga a verme.

—O. K., jefe.

Luego me volví hacia el polaco.

—Ya lo ha oído usted, señor Lomanski. Ahora, a las literas.

Éste asintió con mudo gesto, en el momento en que ascendía la puerta interior de la astronave. Pasamos a nuestros sitios y, tal como yo había calculado, nadie se extrañó al ver a dos personas más entrar en el aparato. Solamente el doctor, Venus, yo y alguno más, sabíamos el número exacto de los componentes de la expedición, pero ninguno de aquéllos estaba en nuestro camino.

Pasamos a un cuarto en el que había media docena de literas, dos de

las cuales ya estaban ocupadas. Cambiamos con los que allí había unos cuantos gruñidos a modo de saludos y luego nos acomodamos en nuestros sitios respectivos.

Una vez sujeto con las correas, moví un interruptor y, al instante, una placa visor a se encendió sobre mi cabeza, dejándome ver el panorama circundante del astropuerto, en el cual destacaba, a ciento diez kilómetros, la brillante chispa de luz de la puerta sur.

A través de los altavoces oímos las órdenes preliminares para la partida, en tanto que un cronógrafo devoraba implacablemente los segundos. Pero, de pronto, cuando apenas faltaban ya menos de ciento veinte para el disparo, una voz metálica irrumpió a través de los altavoces.

—¡Atención, «Armenia», atención! Su salida queda diferida en dos minutos, veinte segundos y cuatrocientos treinta y siete microsegundos.

—¿Por qué? — oí el rugido de la voz de Lavery, terriblemente encolerizado.

—Hay una nave policial que tiene preferencia de paso y le hemos concedido su horario. Ajusten de nuevo sus cronógrafos. ¡Corto!

El ordenador del tránsito había cortado, pero no así Lavery, quien durante un minuto estuvo soltándole una andanada de insultos. Oscar hizo variar el horario, y las computadoras trabajaron activamente.

Mientras tanto, me distraje contemplando el paisaje a través de la placa visora. La nave policial surgió bien pronto ante mi vista.

Era más pequeña que la nuestra y debía ir en alguna misión urgente, pues aun desde el lugar en que nos hallábamos podíamos apreciar claramente la vibración preliminar de la partida. Estaba acumulando energía para lanzarse a través de las dos puertas.

De pronto, un largo chorro de llamas surgió de su cola. Un instante permaneció inmóvil, y luego se disparó a través del espacio, en un ángulo ascendente, que coincidía con los 5.200 metros de la puerta sur primera y los 9.000 de la segunda. El chorro se convirtió en un puntito luminoso que trazó una raya de cárdenos tonos en la negrura del espacio.

La estela de la nave devoró la distancia, aproximándose raudamente al aro. Cuando pasase el segundo, estaría ya totalmente inmersa en el

hiperespacio.

Pero, súbitamente, un enorme resplandor incendió la atmósfera. Fue una gigantesca llamarada, como si media Luna hubiera ardido allí, en lo alto de la muralla de Clavio, durante un par de segundos, y no tardé mucho en comprender lo ocurrido.

Me habría gustado, en aquellos momentos, ser hombre. Así hubiera sudado de miedo, al comprender que, de no haber sido por aquella oportunísima interpolación, la nave destruida, junto con la puerta sur primera, hubiera sido la nuestra, en lugar de la patrullera policial.

Cuando la oscuridad hubo vuelto, supe en seguida que ya no podríamos emprender el viaje a Vega en mucho tiempo. A menos que se nos autorizase a salir por otra puerta, cosa de lo cual, diciendo la verdad, dudaba bastante.

CAPÍTULO V

Control de Tráfico nos dio orden de esperar en tanto se resolvía nuestro caso. De nuevo oí por el altavoz las malhumoradas interjecciones de Oscar, tremendamente contrariado por aquel inesperado contratiempo. Decidí ir a verle a su departamento.

—No se ponga así, jefe. Tendría que estar dando gracias a Dios por no haber salido a su hora.

—¿Te crees que no lo hago? —contestó ceñudo—. Ya sé que el haber cedido el paso a la policía nos ha salvado el pellejo, pero es que esos estúpidos se han llevado por delante la puerta, dejándonos anclados aquí.

—Y no es eso lo peor, sino el tiempo que tardarán en construir una nueva.

—Pediré permiso para que nos dejen salir por la puerta este.

—Así vamos a parar directamente a Sirio, jefe —observé.

—El doctor —dijo Venus, silenciosa hasta entonces— prefiere perder un poco de tiempo en el viaje, que estar aquí aguardando un tiempo

que no se puede evaluar aún.

—¡Qué maravillosa compenetración de espíritus! dije sarcástico—. Muy bien, patrón; llame a Control y pida paso por la puerta este.

Oscar entrecerró los ojos para mirarme.

—Parece que no te agrada mucho, Kabé.

—Soy solamente un…

—Si vuelves a repetirme que eres un «robot» te tiraré algo a la cabeza, Kabé. Ya lo sé; pero también te han enviado conmigo para algo más que hacer bulto. ¿Es que no te parece buena mi idea?

Miré con un ojo al techo y empecé a calcular en voz alta, pero como si hablara para mí mismo.

—Descartada la escala de Alfa Centauro, habremos de pasar a Sirio, a ocho coma seis años luz de distancia; de aquí, a Procyon, del Can Menor, que son once años luz; de aquí a Pólux, de los Gemelos, veintiocho años luz… Podríamos ir antes por Altair, del Águila, quince años luz, pero es menor la distancia entre Pólux y Vega que entre ésta y Altair, aunque al llegar a Pólux, tengamos que retroceder un año luz, siempre en distancia a la Tierra se entiende, naturalmente. Ganamos más tiempo de esta manera, jefe.

Oscar se frotó la mandíbula en tanto que miraba a la rubia.

—¿Qué te parece, Venus?

—La chica dirá que sí, jefe. ¿Qué otra cosa puede esperar? —me anticipé.

Venus me miró airada.

—Eres el «robot» más repugnante que me he echado a la cara desde que tengo, uso de razón, Kabé —dijo con concentrados acentos de rabia.

—Está bien, ¡basta de discusiones! —cortó Oscar. Se levantó del asiento y se puso en pie, mirándonos a ambos—. Vaya Control a tratar de arreglar las cosas. Sea lo que sea, lo comunicaré desde allí, ¿estamos? Y si Venus me dice que la has vuelto a insultar, Kabé, te venderé a un trapero, ¿me has oído?

—No puedo evitar decir la verdad —dije—. Es algo consubstancial con

mí…

—Con no hablar, tienes suficiente —gruñó el profesor.

—Pero si ella me habla, mi obligación es contestarle.

Oscar levantó los brazos al cielo y, sin añadir una palabra más a tan estupendo gesto, harto gráfico, abandonó el puesto de mando. Cuando Venus y yo nos hubimos quedado solos, le guiñé un ojo.

Ella se revolvió en el sillón, volviéndome deliberadamente la espalda.

—No te hagas la ofendida, monada —dije—: Todavía el profesor no sabe de ti la décima parte de lo que debería saber.

—¿Por qué te lo has callado entonces, Kabé?

—Porque tengo curiosidad de adivinar por mi mismo unas cuantas cosas que me están intrigando bastante.

—¿Por ejemplo…?

—El destinatario de la carta y lo que en ella escribías. Los motivos por los cuales aquellos individuos quisieron interceptarla…

—Lo consiguieron. ¿O no lo viste, Kabé?

—SI, pero les quemaste las pestañas, guapa. Dime la verdad: ¿no has vuelto a escribir después ninguna otra carta?

No contestó. Vi que apretaba los labios.

—Tu silencio te condena, Venus. Y será muy interesante saber también cómo te enteraste de nuestra expedición y la forma en que te las arreglaste para encontrar al dador Lavery y luego convencerle…

Se echó a reír.

—Si todas las cosas del mundo fueran tan difíciles como ésas, Kabé. Pero cuando tú empieces a hablar, yo también lo haré.

—¿Ah, si? Y dime, ¿sobre qué versará tu conferencia?

—Acerca de los mil y un modos que existen de introducir polizones a bordo de una nave oficial, Kabé —dijo ella, girando de repente y clavando sus magníficos ojos en los míos.

—¿Cómo lo sabes? —rezongué, muy fastidiado.

—Vosotros los hombres...

—Soy un «robot», guapa —farfullé.

El circuito del ridículo estaba a punto de fundirse.

—Al decir hombre he querido incluir a todo el que tiene figura humana de sexo masculino, Kabé —me contestó impertérrita—. Vosotros os creéis que belleza y estupidez son dos cosas que, en la mujer, van cogidas de la mano, ¿verdad?

—En un noventa y nueve por ciento de los casos, si.

—El jefe no os ha visto, pero yo tenía conectada mi placa con la esclusa, Kabé. ¿Quiénes eran los dos tipos que acompañaban a Lomanski?

—¿Y cómo sabes tú que Lomanski era uno de ellos? —pregunté.

—He visto las movifotos de todos los componentes de la expedición, y la cara de Lomanski es algo que no se olvida con facilidad, Kabé. Vamos, desembucha ¿Por qué no se lo has dicho al profesor?

—Porque espero a saber cuáles son las relaciones del polaco con Donato y Marty. Parece ser que le obligaron a meterlos aquí. Lomanski estaba muy asustado, ¿sabes?

—¿Un chantaje, Kabé?

—Pudiera ser, nena. Los vi en «Casa Granada» y su aspecto no me gustó nada. Si Lomanski tiene algo sucio en la conciencia, lo sabremos mejor dejando que esos dos tipos vengan con nosotros, que no dándoles una patada en el final de la espalda y expulsándolos de la «Armenia», ¿comprendes?

—Sí — murmuró ella pensativamente—; no se pueden pescar los peces sin un buen cebo. Has hecho bien, Kabé, y te agradezco que me lo hayas dicho. ¿Cuándo se lo piensas decir a Oscar?

—Cuando ya no haya otro remedio y estemos en el espacio. Oscar no me comprendería y los arrojaría a golpes de la nave.

—Muy bien, Kabé. Eres un tipo estupendo...

—Si, pero soy un «robot», no un hombre —dije bastante dolido.

—Eso ya lo sé —murmuró ella muy sorprendida—. ¿Por qué lo has dicho?

—Porque, si fuera un hombre, Oscar se iba a quedar de infantería, ¿comprendes?

Venus abrió mucho los ojos y luego se echó a reír. Pero era una risa suave, amable, comprensiva. Se levantó de la silla y se me acercó.

—Kabé, eres un tipo magnífico —y me tomó la cara con ambas manos —. Sí, realmente es una verdadera lástima que seas un «robot» —y de pronto, levantándose de puntillas, me besó.

—¡Venus! —exclamé.

¿Por qué se había puesto tan colorada? Un par de circuitos se me alborotaron y tuve que disparar unas cuantas unidades refrigerantes para calmarlos.

Después de aquello, Venus volvió a sentarse y se franqueó por completo conmigo. Me contó un sinfín de cosas y, cuando terminó, le dije:

—No te preocupes, guapa. A partir de ahora, puedes estar segura de mi silencio.

—¿Y me ayudarás también a recobrar mi trono?

Moví la cabeza con pesimismo.

—Eso ya es mas difícil —murmuré—. Pero, yo en tu lugar, lo olvidaría.

—¡No puedo; soy la reina de Vega!

—Tu pueblo opina de distinta manera que tú, Venus. Pero ya tendremos tiempo de discutirlo más adelante. Teniendo lo que ahora tienes, yo no me preocuparía por un reinoo. Ni tampoco por media docena.

—¿Qué quieres decir? —exclamó Venus. No pude contestarle: Oscar nos llamó desde la Base de Control.

—Preparadlo todo; partimos dentro de cinco minutos por la puerta oeste. ¡Gregg, coloque la nave en posición de disparo!

—A la orden, señor.

Miré a la chica.

—Oscar es un magnífico tipo, Venus. Logró salirse con la suya. Bueno, ya nos veremos más adelante.

La ayudé a sujetarse con las correas y luego me despedí de ella. Me dirigí hacía mí litera, justo en el momento en que Oscar irrumpía en la nave como una tromba. Pasó por delante de mí, sin mirarme apenas, y me soltó un bufido.

—¿Todavía suelto, Kabé?

Dio dos o tres pasos hacia adelante y se volvió de repente. Pegó una patada a la puerta del camarote.

—¿Qué hacen esos tipos ahi? —chilló, rojo de cólera.

Extendí la mano, impidiéndole entrar.

—Son dos amigos míos, jefe. Estaban sin trabajo y... Bueno, me permití el lujo de invitarlos a un viajecito de placer por el espacio. Se quedarán en Sirio, ¿sabe?

—¡Se quedarán en la Luna! —aulló Oscar—.

Échalos de aquí inmediatamente, Kabé.

—No tienen tiempo de salir ya, jefe. Desatarse, ir a la esclusa, vestir los trajes de vacio... Demasiado tiempo, ¿no le parece? Vamos, jefe, ya sólo falta un minuto y si no se da prisa, corre el riesgo de convertirse en una sopa; un poco espesa, pero sopa al fin y al cabo. La aceleración no perdona.

Me miró con furia y luego masculló:

—Tú y yo tenemos que hablar más tarde de esto, Kabé; tenlo por seguro.

—Soy su más obediente servidor —dije, inclinándome y dándole casi con la puerta en las narices.

Mientras me sujetaba a la litera antichoque, Donato soltó una breve risita,.

—Eres un buen muchacho, Kabé; si, lo que se dice un buen muchacho. Otro cualquiera en tu lugar…

Pero Donato no pudo seguir porque de pronto, una fuerza irresistible nos arrojó hacia atrás, hundiendo nuestros cuerpos en el blando mullido de los colchones amortiguadores. La presión se hizo irresistible.

A través de mi placa visora pude contemplar el espectáculo del suelo de Clavio huyendo bajo nosotros con una rapidez inimaginable. De pronto, la luz huyó de nosotros.

Fue sustituida por una absoluta negrura, en la cual, al cabo de unos minutos, empezó a brillar, en un rincón, una luz difusa, que ondulaba y se agitaba como si estuviera situada al extremo de la mano de un loco.

La luz se hizo mayor, llenando todo nuestro campo visual. Se alejó, devolviéndonos a las tinieblas, y luego volvió a reaparecer.

Así estuvimos durante un buen rato, con intervalos de luz y obscuridad, muy rápidos unos y otros, lo cual era debido a la fenomenal velocidad desarrollada por la «Armenia» en un campo espacial distinto al nuestro de tres dimensiones. Aquellos relámpagos eran estrellas que aparecían durante unos segundos en nuestra órbita, quedándose luego atrás, a causa de la increíble velocidad de nuestra marcha. Rayos de todos los colores penetraron, alternativamente con ráfagas de oscuridad, en nuestra nave durante largo rato y, al fin, de un modo imprevisto, el cielo recobró su aspecto habitual.

Habíamos surgido de nuevo al espacio tridimensional corriente, aunque el cielo, visto desde las proximidades de Sirio, variaba bastante, especialmente el espectáculo que eran Sirio A, mucho mayor que nuestro Sol, y Sirio B, todo lo contrario, mucho menor. La luz era intensa, radiante, y de vez en cuando se veían cruzar por el espacio largas flámulas de gases incandescentes, procedentes de Sirio A, que alcanzaban a varios millones de kilómetros de distancia, amenazando con abrasar cuanto tocaran.

En el astropuerto, Oscar llamó al polaco. Lomanski avanzó con tardo paso, como si la gravedad y media que existía en B'Ziar, capital del sistema siriano, le impidiera avanzar cómodamente, a él, un hombre de fuerzas tan, aparentemente, colosales.

—Lomanski, justifíquese usted por su tardanza en Starport.

—Yo, doctor… La verdad, salí del hotel con tiempo suficiente, pero Donato y Marty…

Oscar frunció el ceño.

—¿Donato y Marty? ¿Qué está diciendo, Lomanski? ¿Se ha vuelto loco? ¿Quiénes son esos tipos?

—Los dos polizones, Oscar —dijo Venus dulcemente.

—¿Qué es lo que ocurrió? ¿Acaso se emborracharon? Pero, no; Kabé me dijo que eran amigos suyos y... ¡Kabé, Kabé! ¡Maldito «robot»! ¿Dónde diablos te has metido?

—Aquí, patrón — dije suavemente, asomando la cabeza.

Venus me favoreció con un alegre guiño, no menos alegremente correspondido por mi.

—Sea lo que sea —estalló el doctor—, no quiero a esos tipos aquí, ¿me has oído? Hazlos desembarcar inmediatamente o los echo yo.

—Lo siento —murmuré—. Las leyes sirianas impiden el desembarco en B'Ziar de todo terrestre que no vaya provisto de la patente sanitaria expedida por un diplomático siriano en funciones, destinado en nuestro planeta. Apenas pongan pie en el suelo, se los devolverán a usted, y eso si no le organizan algún lío mayúsculo por quebrantar sus...

—¡Basta! ¡Basta ya! — chilló Oscar, fuera de sí. Se agarró al micrófono y lanzó un alarido—: ¡Teniente Schuyller, preséntese inmediatamente ante mí!

El oficial vino rápidamente. Las órdenes de Oscar fueron tajantes.

—Schuyller, en la cámara 2-B hay una pareja de polizones. Enciérrelos bajo llave hasta que yo lo disponga, ¿me ha entendido?

El teniente saludó, retirándose.

—En cuanto a usted, Lomanski —continuó Oscar, sin amenguar un instante su cólera—, no se moverá de la nave sin mi orden y, además, haré constar su falta en el informe. ¡Retírese!

Lomanski, amedrentado, obedeció. Pero Oscar aún no había acabado.

—Y tú, Kabé, maldito cuenco de válvulas, como vuelvas a hacerme otra, te arrojaré por el expulsar de basuras, ¿me has entendido? Y que luego proteste el M.C.R. Ya les diré yo a esos tipos...

—Me marcho —dije, muy ofendido—. Me marcho. Me han educado de una manera que no me permite oír palabrotas ni interjecciones. Y si Venus estuviera en mi sitio, también haría lo mismo.

Pero ella se echó a reír. Oscar se volvió, rápido como el rayo.

—Te divierte, ¿eh? Pues a mí no me hace ninguna gracia, ¡maldita sea...!

El resto del viaje se hizo sin incidencias apreciables. En la última fase, los servicios de Venus nos fueron muy útiles, puesto que, gracias a ella, pudimos dar con Mechanicus, no sin perder un sinfín de tiempo buscándolo en el espacio, pero esto no importaba, ya que, al fin y al cabo, aquella era nuestra misión.

Visto desde las alturas, Mechanicus ofrecía un deprimente aspecto. En muchos de los puntos de su superficie, se veían aún extensas áreas que brillaban, con una siniestra luz azul de tipo fosforescente, más intensa en las zonas oscuras. Venus nos explicó a qué se debía.

—Hace muchos años, siglos, los habitantes de Mechanicus, cuyo nombre, en el lenguaje de Vega, es Voirth, se enzarzaron en una guerra de tipo nuclear, que hizo desaparecer todo signo de vida sobre la superficie del planeta. Esas manchas azules que veis ahí son los rastros de la radiactividad, que aún no han podido ser borrados por la acción del tiempo.

—Lo cual quiere decir —murmuró Oscar—, que los habitantes de Mechanicus habían alcanzado un altísimo grado de civilización.

—¿Puede llamarse civilizado a un mundo capaz de destruirse a sí mismo? —dijo Venus desdeñosamente.

—Pues salvajes no fueron, precisamente —Contestó él.

—Cuando los hombres usan las armas para exterminarse los unos a los otros, pudiendo arreglar sus diferencias por medio de discusiones, son siempre salvajes, sean cuales fueren las armas que utilicen. Lo mismo da la honda y la piedra que la bomba atómica.

—Filósofa estás, Venus —río Oscar. Después cortó el diálogo, diciendo —: Lo siento; voy a disponerlo todo para el aterrizaje.

Los potentes chorros de energía frenaron nuestro descenso sobre la superficie de Mechanicus. Cuando los motores nucleares cesaron de latir, el silencio se hizo de nuevo.

Desde la altura de la nave contemplamos el siniestro panorama de aquel planeta. Un cielo gris lo cubría, pero sin que en él hubiera nubes de ninguna clase, al mismo tiempo que un suave viento levantaba constante remolinos de polvo del suelo, árido, enjuto, desértico, con algunos árboles aquí y allá elevando en mudo gesto de súplica sus desnudas ramas al cielo.

Más numerosas eran las torres metálicas de vigas en entramado, que se alzaban al menos a cien metros sobre el nivel del suelo, separadas entre si por una distancia de dos o tres kilómetros, y en cuyo extremo superior había unos extraños adminículos cuya utilidad, de momento, no supimos advertir.

Repentinamente, un enorme ruido se expandió por la fría atmósfera de Mechanicus, haciendo estremecerse a los humanos que lo escuchaban.

El sonido se repitió varias veces, en vocablos articulados, cuyo significado ignorábamos, y luego se diluyó en la, lejanía, multiplicándose en numerosos ecos que fueron perdiendo volumen poco a poco.

Pero todavía flotaba en el espacio el sonido de aquella voz, cuando, de repente, Venus lanzó un grito.

—¡Mirad! ¡Vienen hacia aquí! ¡Son los «robots»!

CAPÍTULO VI

Estaba en lo cierto Venus. Eran «robots» aquellos seres que, en verdaderas manadas, acudían hacia nosotros, de todos los puntos del horizonte. Un continuo hormigueo de brillantes armaduras metálicas se percibía desde la escotilla superior de acceso a la astronave.

—¡Dios mío! —exclamó Oscar, sin poder contenerse—. ¡Esto es el Paraíso de los «robots»!

—Di mejor. —observó pensativamente la muchacha—, el país de los «robots». Mechanicus tiene muy poco de paraíso, dicho sea con todos los respetos.

—Es lo mismo —refunfuñó Oscar—. Lo cierto es que no había visto nunca tantos hombres mecánicos juntos. ¡Cielos!, si parece una invasión de hormigas.

—Marabuntas automáticas, jefe —tercié, recibiendo un bufido como toda respuesta.

—Tú eres una de ellas, Kabé; no lo olvides.

—Jefe, usted me insulta al compararme con uno de esos artefactos.

Y tenía razón yo, ¡qué galaxias! Uno no deja de reconocer que es un «robot», defecto más o menos; pero me sentía infinitamente superior, al menos en apariencia a aquellos artefactos, pesados, lentos de metálica envoltura, que sólo vagamente recordaban la figura humana. Claro que tenían brazos y piernas; y también ojos y boca y oídos, pero sus facciones eran inmóviles y, no podían expresar ningún sentimiento con ellas y, para ver algo situado a un lado, se veían precisados a girar la cabeza entera, en lugar de solamente los ojos. Su boca tampoco se movía, y solamente servía para emitir los sonidos de sus megáfonos internos, conectados con los circuitos de la respuesta. Podrían tener un interior perfecto, pero el exterior, mirándolo desde mi robótica punto de vista, dejaba bastante que desear.

La manifestación de «robots» se detuvo en círculo alrededor del aparato, quedando a una prudente distancia del mismo. A ojo electrónico calculé que habría unos veinte mil, alzando sus aceradas cabezas hacia nosotros, en las cuales y con variables oscilaciones, brillaban sus fosforescentes pupilas con todos los colores de la gama del espectro.

Súbitamente, uno de ellos se destacó, alzando los brazos hacia nosotros. Habló algo tan perfectamente audible como ininteligible. Oscar se volvió hacia la chica.

—Venus —inquirió—, ¿entiendes tú lo que dice ese pajarraco?

—No; es un idioma muerto hace siglos. Sé que pertenece al grupo de las lenguas que se hablan en Vega, pero nada más.

—Traeré placas traductoras, jefe —murmuré, volviéndome al interior, y abriéndome paso por entre la masa de interesados espectadores que se acumulaban en la esclusa de salida.

Las placas traductoras eran unos aparatos que se colgaban del cuello sobre el pecho, con unos diales que giraban en unas esferillas

graduadas, conectadas con unos cables que concluían en unos auriculares que se sujetaban al cráneo por medio de un arco metálico. Combinando las posiciones de los diales, el aparatito podía traducir automáticamente cualquier idioma de la Galaxia, por enrevesado que fuera.

Entregué una, a Oscar y otra a Venus, reservándome una tercera para mí. Cuando hubimos dado con el punto exacto, la voz del «robots» resonó en nuestros oídos.

—¡Oh, hombres! Venid; os estamos esperando.

Somos «robots» hechos para servir al hombre y estamos ansiosos de recibir vuestras ordenes.

—¡Qué amable! —comenté, escuchando acto seguido la respuesta del profesor.

—Te agradecemos mucho vuestras buenas intenciones, «robot». ¿Tienes algún nombre?

—Me llaman Orfe, hombre, y soy uno de los jefes principales de los «robots» de este país. Éstos que aquí ves me obedecen a mi, y yo te obedezco a ti, hombre.

—Llámame Oscar; me gusta más, Orfe —contestó sonriendo el doctor —. Está bien; ahora vamos abajo.

—Podéis hacerlo sin temor tú y los tuyos, Oscar.

Los «robots» hemos sido hechos para obedecer al hombre.

—Como todos —mascullé, pero ya el doctor estaba dando órdenes para el descenso.

—Teniente Schuyller, haga que me acompañen cinco o seis de sus hombres. Cassidy y Lomanski vendrán también con nosotros.

—¿Y los polizones, señor?

—Déjelos sueltos — dijo Oscar —. Este mundo, a lo que parece, está muerto, y no pueden vivir sin nosotros. No se escaparán. ¿Dónde iban a ir si no?

—Usted manda, doctor —saludó Schuyller, retirándose.

Tal como lo había dispuesto Oscar, descendimos él, Venus, los cibernéticos y yo, además de los soldados, todos bien armados y con las correspondientes placas traductoras. Una vez en el suelo, celebramos una especie de consejo de guerra.

Los «robots» nos rodeaban por todas partes, mirándonos impasibles, inmóviles, sin hacer el menor gesto, deprimiendo los espíritus con los reflejos de sus metálicas epidermis. Un poco más cerca, en la misma actitud, se hallaba Orfe.

—Bueno —dije yo—; ya estamos en Mechanicus y, como pueden ver, con «robots» hasta en la sopa. ¿Qué hacemos, jefe?

—¿Cómo puedes hablar así de los «robots», cuando tú mismo eres uno de ellos? — dijo Venus.

—Haz el favor de no establecer comparaciones odiosas —repliqué, muy molesto—. Estaba hablando con el doctor.

Éste meditó un momento y luego se volvió.

Orfe era un «robot» gigante entre lo de su especie. Su aspecto era bastante humano, aunque, desde luego, no pudiera compararse conmigo. Media más de dos metros y medio de altura, cubierto todo él de un caparazón metálico que parecía ser de durísimo acero, con las necesarias conexiones flexibles para un movimiento de brazos, piernas y cintura. Sus «ojos» eran de color escarlata, oscilando casi continuamente, y su boca, inmóvil, era una simple ranura de unos diez centímetros de longitud. Tres protuberancias señalaban unas rudimentarias orejas y narices, y en el pecho se veían varios diales e indicadores que debían servirle a él mismo para un mejor funcionamiento de sus circuitos internos. Las manos estaban sustituidas por sendas tenazas curvas, provistas de un ligero dentado en la parte interna, y los pies eran grandes y planos, adecuados a sostenerlo en vertical equilibrio. Orfe era de los mejor configurados, y aunque abundaban los ejemplares como él, la mayoría pertenecían, cuando menos en efigie, a una etapa mucho más rudimentaria, al

menos juzgando por sus figuras.

—Orfe, ¿eres tú el jefe de estos «robots»? —preguntó el doctor.

El «robot» tardó algunos segundos en contestar.

Me di cuenta de que aquel intervalo de tiempo entre la pregunta y la respuesta era debido a que sus circuitos receptores debían analizar las palabras oídas, estudiarlas, clasificarlas, y luego hallar las correspondientes a la contestación. También me pasa eso a mí, pero mis circuitos lo hacen en una centésima de segundo, en tanto que Orfe tardaba cinco o seis segundos en dar la respuesta. Positivamente, sus mecanismos internos eran mucho más atrasados que los míos.

—Sí —contestó al fin—. Yo soy el jefe de estos «robots» que ves y de muchos cientos de miles más que no están ahora aquí.

—Entonces, tú debes de ser una especie de rey de los «robots» o cosa por el estilo, ¿no?

—En su ausencia, sí, hombre.

—Llámame Oscar —dijo el profesor, dando, acto seguido, con objeto de que se grabara en el circuito mnemotécnico de Orfe, los nombres de todos nosotros. Luego, inquirió —: De modo que hay un rey o jefe supremo de los «robots» que ahora no está aquí, ¿eh?

—Sí, Oscar.

—¿Dónde se encuentra ahora?

Las rojas pupilas de Orfe parpadearon un segundo, perdiendo intensidad y luego recobrando su brillo normal.

—No lo sé.

—¿Eh? ¿Cómo puede ser eso, Orfe? Tú debes saberlo. ¿Se ha ido de aquí?

—Si.

—¿Dónde?

—No lo sé —fue la monótona respuesta del «robot». Me di cuenta de que sus circuitos parecían ser muy limitados. No podía «pensar» como yo, sino solamente dar respuestas o pronunciar algunas estereotipadas frases de bienvenida y sumisión.

—Está bien, Orfe. Puesto que tu rey no se halla en el planeta, es obvio suponer que todos los demás «robots» te deben obediencia ciega, ¿no es así?

—Sí. Ellos me obedecen a mi, y yo os obedezco a vosotros, hombres.

—Pero yo puedo llamar a uno de los otros «robots» y darle algunas órdenes, Orfe. ¿Se lo tienes prohibido?

—No. Todos te obedeceremos, Oscar.

—¿Y a mis compañeros también?

—También.

Oscar se volvió a mirarnos.

—Bueno —acabó diciendo—, eso me gusta. Orfe, ahora nos agradaría ver algo de este planeta. ¿Tienes algún inconveniente en ello?

—Habla y te obedeceremos, Oscar.

—Muy bien, pues. Entonces, nos gustaría saber de dónde habéis salido vosotros, es decir, las fábricas donde fuisteis construidos. Seguro que ya estarán arruinadas por tanto tiempo de no ser utilizadas, ¿no es así?

—Te equivocas, Oscar. Nuestras fábricas siguen funcionando y continúan construyendo «robots» de manera incesante.

La sorpresa fué unánime. Incluyéndome también a mí.

—¿Fábricas... automáticas, Orfe?

—Sí. Nosotros vigilamos su funcionamiento y colaboramos en la construcción de más «robots».

Por primera vez desde que habíamos desembarcado en Mechanicus sentí una leve diferencia en el tono de la gangosa voz de Orfe, algo así como una nota de orgullo o cosa parecida.

—Perfectamente, Orfe. ¿Puedes disponerlo todo para que nosotros las visitemos?

—Sí. Esperad un momento.

Con los ojos brillantes por la excitación, Oscar se volvió hacia

nosotros.

—Va a ser la noticia más interesante de muchos siglos a esta parte —dijo—. Ahí es nada, todo un planeta lleno de «robots» y regido y gobernado por ellos mismos. ¿Qué les parece?

—Demasiados hombres mecánicos —dije, de mal humor, sin saber a cuál de mis circuitos achacarlo.

Tuvimos que esperar un buen rato antes de que, surgiendo por la cima de una colina, aparecieran dos vehículos, dotados de rodajes todo terreno, conducidos por sendos «robots». Los vehículos parecían moderadamente confortables y Orfe nos los señaló con la «mano».

—Montad en ellos. Os enseñaré la Fábrica Número Veinticuatro, que es la más cercana a este punto.

Así lo hicimos, y al momento los coches arrancaron a buena velocidad, dejando tras nosotros una densa estela de polvo. En el primero, aparte de Orfe y el conductor, íbamos el doctor, Venus, los dos cibernéticos y yo, y el pelotón de escolta en el segundo.

Durante un largo rato, caminamos sin ver otra cosa que una desnuda desolación. De vez en cuando, a lo lejos se advertían tenues manchones azules, Señalados, más que por la vista, por los Geiger de larga distancia, y entonces el «robot» conductor se alejaba de aquellas zonas aún radiactivas, a pesar del transcurso de los siglos.

Repentinamente, un resplandor rojizo apareció en el horizonte, intensificándose a medida que nos íbamos acercando.

—¿Estará amaneciendo? —preguntó Venus, sin que nadie supiera darle respuesta alguna.

Orfe, no habiendo sido interrogado directamente, calló.

Un grupo de «robots» surgió en nuestro encuentro. Pasaban caminando despacio, sin mirarnos siquiera, como sI no existiéramos. Más allá, vimos unas instalaciones, atendidas también por «robots», que eran las exteriores de una mina. De aquí, y en dirección al rojizo fulgor, partía un ferrocarril, por el cual iban y venían continuamente los trenes cargados sus vagones con el mineral, manejadas las locomotoras asi mismo por «robots». Había ruido, pero el lugar carecía de una animación que el hombre imprime con su presencia a aquellos lugares donde se encuentra.

El camino, una vez pasada la mina, se hizo más llevadero. El resplandor encarnado se acentuó cada vez más, borrando el tono gris del cielo poco a poco. Pero el conjunto seguía siendo deprimente y Venus no pudo contener un escalofrío.

—Esto es horrible —musitó—. Un lugar lleno de trabajo y actividad, pero sin un solo hombre en medio… Por nada del mundo me gustaría vivir aquí.

Los demás humanos coincidieron con la chica. Y yo también, ¡qué galaxia! A fin de cuentas, me he criado entre hombres y he nacido a su calor, y aunque me hubieran ofrecido ser rey de mis congéneres, no lo hubiera aceptado; el puesto de lavaplatos en un hotel me hubiera parecido mucho más apetitoso.

No tardamos ya mucho en saber a, qué era debida aquella intensa luz roja que alumbraba el horizonte. Las bocas encendidas de unos cuantos altos hornos, alimentados incesantemente de carbón y hierro por los «robots», enviaban al cielo chorros incesantes de llamas y gases en estado incandescente. Era una colosal acería la que teníamos ante nuestros ojos con todo su complejo industrial en continuo y eficiente funcionamiento.

—¿Para qué queréis estos altos hornos, Orfe? —preguntó Oscar.

—De aquí sacamos los lingotes de acero necesarios para nuestras fábricas de «robots», Oscar.

—¡Ah! —dijo el doctor—. ¡Qué lástima que no estén en nuestro planeta! La U.S. Steel se sentiría orgullosa de poseer esta fundición. ¿Podemos verla?

—Si, si es vuestro gusto. Pero… —y Orfe calló, como si sus circuitos le hubieran advertido a tiempo de que iba a cometer una imprudencia hablando de un tema acerca del cual no había sido consultado.

—¿Qué ibas a decir, Orfe? Sigue, sigue; no te detengas.

—Iba a llevaros a vuestro alojamiento, hombres.

—¿Cómo? ¿Nuestro alojamiento? Pero ¿es que nos estabais esperando?

—Hace siglos que aguardamos vuestra llegada, Oscar y durante siglos lo hemos tenido todo preparado para ese momento.

—¡Eso es magnifico! —dijo el doctor—. Oye, Orfe, y ya que parecéis tenerlo todo previsto, también allí habrá comida, ¿no es así?

—No falta nada que los hombres puedan necesitar, Oscar —afirmó con su monótona voz el «robot».

—¡Muy bien! ¡Estupendo, Orfe! De acuerdo; iremos al hotel cuando hayamos echado un vistazo a la fundición. Tú marcarás donde debemos apearnos, ya que conoces esto al dedillo.

Orfe dio una orden al conductor y el carruaje se metió de pronto por una puerta abierta en un recinto murado de grandísima extensión, dentro del cual se hallaban los altos hornos. El característico bramido de la masa de carbón ardiendo y haciendo fundir el hierro llenaba todo el ambiente.

El vehículo se detuvo y todos echamos pie a tierra. Caminamos entre inmensas moles industriales, salas de máquinas, patios llenos de vigas con vagones circulando en todos sentidos, y «robots» que, afanados en su mecánica labor, no nos vieron tan siquiera. El calor fue haciéndose mayor a medida: que nos adentrábamos en el interior de la fundición.

—Es algo impresionante, inconcebible —dijo Venus, en tono apagado —. No sé si nos creerán cuando regresemos a la Tierra o nos tomarán por locos.

—Sabiendo la posición de Mechanicus en la carta estelar, poco costará organizar expediciones cuyo costo esté compensado con los beneficios que esto rinda. Hay que tener en cuenta que todo esto es producción pura, sin un céntimo de gasto.

—Por lo tanto, el beneficio que se obtenga, salve el importe de los fletes, será líquido, ¿no es así?

Oscar no contestó, de momento. Tenia los ojos fijos en una gran grúa de puente, en cuya cabina de mando se hallaba sentado un «robot» que la hacia, funcionar. Fue hacia un vertedero de metal a fusión y recogió un gran colador repleto hasta los bordes de hierro en estado líquido.

Una vez que lo hubo llenado, empezó a moverse, llevando el metal hacia un cercano convertidor de acero, sistema Bessemer. La seguridad en el manejo de la enorme grúa, era absoluta por parte del «robot».

Con rechinar de metálicos engranajes, la grúa empezó a deslizarse

sobre unos carriles. De la superficie del metal líquido se escapaban humeantes vapores que se perdían, evanescentes, en la cálida atmósfera superior.

De pronto, Venus, que tenía los ojos fijos en la caldera, lanzó un agudísimo grito. Algo fallaba en el mecanismo y el recipiente estaba empezando a volcarse, a una distancia en la vertical muy próxima a nosotros.

CAPÍTULO VII

Aquel chorro de hirviente liquido al rojo blanco empezó a quemar la atmósfera, al mismo tiempo que chirriaba al caer en el suelo a cortísima distancia de nosotros. Ardientes goterones de hierro en fusión saltaron despedidos a gran distancia, como pequeños cometas de resplandecientes colas.

Uno de los Marinos del Espacio lanzó un aullido, al sentir su mejilla abrasada por una de aquellas gotas, y su instintivo e irreprimible aullido fue la señal para que se iniciara la desbandada.

Volvimos grupas, echando a correr con todas nuestras fuerzas, sin preocuparnos de otra cosa que no fuera buscar la propia salvación. Unos y otros volamos más que corrimos, apartándonos de aquel hirviente infierno que caía sobre nosotros.

El suelo se estremeció al caer sobre él un montón de toneladas de hierro líquido. Hirvió y espumajeó, arrojando una enorme y apestosa humareda a lo alto, en tanto que por el abrasado pavimento se extendía una gran mancha que abrasaba instantáneamente todo cuanto tocaba.

Un repentino grito sonó espeluznantemente a mis espaldas. Por un momento me volví, y lo que mis pupilas contemplaron congeló al instante todas las conexiones entre mis circuitos.

Venus había resbalado en una mancha de grasa y había perdido pie, cayendo de bruces. Intentó levantarse una vez, y resbaló de nuevo.

En el suelo había una ligera pendiente por la cual, con terrible

velocidad, avanzaba el metal en estado líquido, despidiendo una siniestra nube de vapores. Venus iba a ser alcanzada por aquel horror al rojo blanco, y no era preciso ser un genio para adivinar lo que podía ocurrirla si tal cosa llegaba a suceder.

Dos fuimos los que, despreciando el peligro, volvimos sobre nuestros pasos: Oscar y yo. Y ninguno de los dos ganamos al otro en rapidez, porque hubo alguien que, pareciendo terriblemente lento, nos sacó media docena de metros de distancia.

Por un instante temí por la belleza de Venus, puesto que los momentos no eran como para andarse con rodeos, y las tenazas que hacían de manos en Orfe no eran el colmo de la delicadeza, precisamente. Pero, sin embargo, el robot, indiferente al rojo peligro que avanzaba raudo hacia él, se inclinó con la que a mí me pareció agónica lentitud, y tomó entre sus metálicos brazos a la muchacha.

En aquel momento, la espumeante ala de hierro en fusión azotó despiadadamente las piernas de Orfe, envolviéndoselas hasta más arriba de las rodillas. Oscar gritó, sin poderse contener. Yo sentí una repentina parálisis en mis circuitos emotivos, y por un segundo, la visión se me enturbió.

Pero el «robot», pese a todo, se portó magníficamente. Con infinita suavidad alzó sobre su cabeza a la semidesvanecida Venus, caminando luego hacia nosotros con terrible lentitud. Vi que Orfe hacia desesperados esfuerzos por salirse de aquel mortífero arroyo y una vez nos puso el corazón en un puño al tambalearse de modo repentino, Venus acabó por perder el conocimiento.

Pero el metal de que estaba construido Orfe debía de ser de una estupenda aleación, porque resistió la elevadísima temperatura del hierro en estado líquido. Chapoteando siniestramente y cada vez más lentamente, el «robot» consiguió, al fin, llegar a terreno enjuto. El río de metal líquido encontró al fin un sumidero por el que se precipitó en medio de horrendos silbidos y espesísimas nubes de vapor.

Oscar se precipitó a socorrer a la muchacha, la cual, afortunadamente, no había sufrido otra cosa que la natural conmoción. Y yo, como era lógico, fui a ver a Orfe.

Si se hubiera tratado de una persona, hubiera retrocedido, espantado. Pero al fin y al cabo, con mejor o peor figura, era un congénere mío y no me extrañó ver sus extremidades inferiores, a partir de las articulaciones de la rodilla, convertidas en unos informes despojos

metálicos. En aquel lugar, Orfe había debido de sufrir graves daños, y hubo, forzosamente, de sentarse en el suelo.

—Esto tiene mal arreglo, muchacho —dije, meneando la cabeza, en cuclillas, a su lado.

Había visto otros «robots» terrestres en situaciones idénticas o parecidas, y sabía de sobra lo que se hacia en casos similares: la chatarra primero, clasificación de materiales después y el horno de fundición acto seguido.

Pero Orfe no me contestó. Levantó su vista a lo alto de la grúa.

—Krinx, baja; — dijo secamente.

Venus ya se había recobrado un tanto, y ella, el doctor y todos nosotros levantamos la vista a lo alto. Se abrió la cabína de mandos de la grúa y un montacargas empezó a descender, llevando en su plataforma a un «robot», de inferior aspecto a Orfe.

El «robot» caminó pesadamente hacia nosotros, deteniéndose frente a Orfe. Se quedó quieto, sin mover ni un tornillo.

—Has estado a punto de causar daño a unos seres humanos, Krinx.

—Lo sé —contestó lacónicamente el «robot», con voz desprovista en absoluto de entonación. —La Primera Ley Robótica es tajante.

—Lo sé.

—Al volcar el colador, has vulnerado la primera y más fundamental de nuestras leyes, Krinx.

—Lo sé.

—Entonces, Krinx, debes recibir el castigo que te mereces. Un «robot» que, por acción u omisión, causa daño a un humano, no puede seguir existiendo.

—Lo sé.

—Entonces, Krinx, sube al montacargas de alimentación del alto horno y déjate llevar.

—Sí, Orfe.

Sin una sola palabra más, Krinx dio media vuelta y echó a andar

pesadamente, hasta desaparecer de nuestra vista. Había por allí unos cuantos «robots» más, pero éstos no parecieron fijarse en su compañero.

—¡No! ¡No! —gritó Venus de repente—. Orfe, revoca tu orden. No le dejes que se destruya. Es una máquina perfecta…

—No lo es desde el momento en que ha estado a punto de causarte daños gravísimos —contestó Orfe con voz átona—. Un «robot» así debe ser destruido: es un gravísimo peligro para los demás, a los cuales podría contagiar.

Si hubiera sido humano, la frente se me hubiera cubierto de espesas gotas de frío sudor. Aun así, hube de aumentar un poco la temperatura interna de mis mecanismos; alguno de mis circuitos se me había paralizado a causa de una repentina baja de temperatura. Orfe no era humano ciertamente, pero su conducta no podía parecer más inhumana.

Krinx apareció de pronto en la cadena sin fin de enormes cangilones cargados de mineral que eran vaciados en la boca superior del horno. Impasible, se dejó llevar hasta el momento en que su cangilón se volcó. Una nube de chispas voló a lo alto, y luego la columna de fuego que brotaba de la parte superior, recobró su aspecto habitual.

Sin que le dirigiéramos la palabra, Orfe nos habló:

—Volved a los vehículos, y ordenad a sus conductores que os lleven al alojamiento que os está preparado.

—¿Y tú? —pregunté, mirando de modo significativo sus retorcidos miembros inferiores que ya no le servían para nada.

—Llamaré para que vengan en mi socorro, Kabé.

Me cambiarán las piernas y dentro de muy poco tiempo, antes de amanecer, volveré a estar de nuevo en condiciones de unirme a vosotros.

—Muy bien —contesté—. Andando, pues.

Los conductores se sabían bien el camino, porque en poco tiempo nos llevaron a un paraje desde donde lo único que se veía de la fundición era el fulgor encarnado que teñía el cielo. Los vehículos se detuvieron delante de un edificio amplio, de tres plantas, de excelente construcción, pero no muy agradable aspecto.

—¿Este es nuestro hotel? —pregunté a nuestro chófer.

El «robot» contestó afirmativamente.

Saltamos al suelo y caminamos hacia el edificio, en el cual faltaban únicamente unos jardines circundantes que hubieran embellecido y alegrado un poco el panorama. Pero el único signo vegetal que había allí era un árbol descarnado, retorcidas sus desnudas ramas en una imposible postura.

Varios «robots» salieron a nuestro encuentro, poniéndose al momento a nuestra disposición. Penetramos en el edificio, que hayamos amueblado corrientemente, sin grandes lujos.

Venus hizo una mueca al ver aquello.

—En mi país esto no lo querría ni un pordiosero —se quejó; y acto seguido llamó a un «robot» —: Oye, tú, ¿dónde hay un cuarto de baño? Es decir, si lo hay.

—Por supuesto, hombre…

—No soy hombre, sino mujer. Y me llamo Venus.

¿Cuál es tu nombre, «robot»?

—Jadz, Venus.

—Está bien; indícame el camino del baño.

—A mi me gustaría que me dierais algo de comer, Jadz —pidió el profesor —, si hay…

—Aquí hay de todo cuanto puede necesitar un humano —contestó Jadz—. Mis compañeros os indicarán y os proporcionarán todo cuanto deseéis, en relación con vuestras necesidades. Sígueme, Venus.

Pero todavía no habían dado dos pasos la muchacha y el «robot» cuando éste se detuvo, como clavado en el suelo, girando luego con reverente lentitud hacia un punto del que salía una voz cuyos sonidos se introducían por doquier.

La voz estuvo hablando durante unos minutos y gracias a las placas traductoras supimos lo que decía, que no era otra cosa que una versión de las Tres Leyes Fundamentales de la Robótica para aquel planeta. ¿Quién había grabado aquella voz, que a lo que parecía venía repitiendo su invocación a lo largo de los siglos? Era cosa que no

podíamos saber tan siquiera. Probablemente, su dueño estaría convertido ahora en un montón de polvo, acaso radiactivo.

Después del aseo, nos juntamos todos en el comedor, el cual, como tal, carecía de comodidades. Aparte de Jadz, dos o tres «robots» más sirvieron la cena y, la verdad, resultaba bastante cómico verles desempeñar su papel de camareros.

La sopa, según manifestaciones ajenas, era bastante aceptable. Luego sacaron una enorme fuente de algo con forma, olor y sabor a pescado, y más tarde una cosa con el aspecto de una ternera pasada por el asador. Frotándose las manos de gusto, Oscar se puso en pie y tomó el trinchante.

—Me gustaría ver la granja donde se crían estos animalitos tan delicados y suculentos —dijo, tirando el primer viaje a la crujiente corteza del asado.

—Yo puedo guiarle cuando quiera, jefe —dije.

—¿Eh? ¿Tú? ¿Cómo vas a saberlo, si no has...?

Me permití el lujo de una sonrisa.

—¿No ha pasado usted cerca de una mina? Allí hay carbón y hulla, y de la hulla, sintetizándola y transformándola convenientemente, se saca casi todo. Luego, no es necesario más que un hábil cocinero para...

El cuchillo cayó con metálico tañido contra la mesa. Oscar se sintió repentinamente inapetente y se sentó.

—Kabé, no me digas esas cosas.

—Parece mentira, doctor. Nadie que no sea un «robot» puede vivir en Mechanicus, y todo ser orgánico, animal o vegetal dejó de existir ya hace unos cientos de años. Por lo tanto...

Cassidy tomó el trinchante.

—Carbón de hulla o no, esto parece una ternera, huele como una ternera... ¡Y que me ahorquen si no sabe como una ternera! ¡Vivan los «robots», chicos!

Las palabras del cibernética despejaron la aprensión que habían provocado las mías. Oscar me miró, ceñudo, empujando su plato.

—Kabé, no te perdonaré nunca haberme quitado de este modo las ilusiones que tenía puestas en la carne.

Acabada la cena, los «robots» nos guiaron a nuestras habitaciones. Yo me las arreglé para estar cerca de la de Venus, y los demás se distribuyeron según sus gustos y preferencias. Ya había caído la noche y todos se hallaban fatigados, por lo que la mayoría se echó a dormir al instante.

Yo me quedé en la mía, de pie al lado de una ventana, desde la cual se divisaba un amplio panorama celeste. La Nebulosa anular de la Lira, la constelación en la cual nos hallábamos, brillaba resplandeciente, extendiendo su magnífico anillo de luz en un diámetro de 5'3 billones de kilómetros, constituyendo realmente un grandioso espectáculo, cosa que desde la Tierra no era posible ver sino con la ayuda de potentes telescopios. Estrellas jamás vistas lucían aquí y allá, con potentes chispazos multicolores.

Uno de mis circuitos se alertó de pronto. Me volví, viendo que alguien penetraba sigilosamente en mi habitación. Era Lomanski, quien se llevó un dedo a los labios, como recomendando silencio con su gesto.

Avanzó hasta hallarse a mi lado.

—Kabé —dijo en voz muy baja—, tengo que hablar contigo.

—¿De quién? ¿De aquella pareja de gangsters? El cibernético sacudió la cabeza.

—No; ésos están seguros por ahora en la nave.

—Pues entonces...

—Es Orfe. Orfe y los suyos son los que me preocupan, Kabé.

—No te entiendo, Lomanski.

—Me refiero al accidente de la fundición, Kabé. ¿Qué opinas tú de aquello?

—¿Tú, un hombre, una autoridad en cibernética, vienes a preguntarme a mi mi opinión sobre el accidente? Lomanski, eso está más que visto; alguna de las cadenas sustentadoras...

Pero el técnico movió significativamente la cabeza de derecha a izquierda.

—No hubo rotura: Kabé, y yo lo vi. El crisol fue volcado intencionadamente y sólo por casualidad estamos vivos. Krinx lo hizo por orden de Orfe.

—¡No! Lomanski, es muy fuerte eso que estás diciendo. ¿Te das cuenta de que son unos «robots» como yo y que, por lo mismo no pueden hacernos el menor daño? Sus circuitos, mis circuitos, se fundirían si emitieran, aunque sólo fuera durante una fracción de microsegundo, una orden semejante a sus miembros. ¡Dañar a un humano! Eso es absurdo, Lomanski.

La cara del cibernética se contrajo en una absurda mueca que nada tenía de agradable.

—¿No, eh? —dijo—. Entonces, ¿por qué este almuédano mecánico está repitiendo constantemente las Leyes Robóticas, de modo que sean captadas por los sistemas auditivos de todos los «robots» de Mechanicus? ¿Te las han repetido a ti alguna vez, Kabé?

—No —confesé.

—Porque —murmuró con ojos brillantes por la excitación—, cuando te construyeron, en tu cerebro positónico quedaron grabadas ya para siempre las Leyes de la Robótica, Kabé. Es como el cerebro humano, capaz de discernir entre el bien y el mal, pero que, cuando comete éste, no se estropea. Siente remordimientos de conciencia y muchas veces trata de reparar el daño causado, pero nada más. No se...

—Algunos humanos han causado algún grave daño y se han vuelto locos —dije pensativamente.

—Pero han seguido viviendo y, en la mayoría de los casos, disciernen perfectamente en todo cuanto no afecta al tema que les provocó la enfermedad mental. Pero si tú, Kabé, causaras un daño a un humano, tu cerebro se fundiría y te convertirías al instante en un montón de chatarra.

—Eso es cierto, Lomanski. ¿Quieres decir —agregué— que los «robots» de Meehanicus quieren crausar daño, que lo causan, y no se estropean sus circuitos?

—Ya lo has visto, Kabé.

—Pero Orfe castigó a Krinx a echarse en el horno, Lomanski.

—Lo hizo como tapadera. para quedar bien con nosotros, Kabé. Orfe

dio órdenes a Krinx de provocar el accidente y si luego lo condenó a la fusión no fue sino por haber fallado.

—Salvó a la chica, aun a costa de perder las dos piernas, Lomanski.

—Esto es otro punto que viene en ayuda de mi tesis, Kabé. La intención de Orfe era hacer que Krinx volcara el colador justo encima de nosotros. Así, ninguno nos hubiéramos salvado.

Moví la cabeza con aire de duda. Realmente, y por más que tenía mis circuitos en alta tensión, tratando de analizar los puntos sobre los cuales se sustentaba el gesto de Orfe, no acababa de entenderlo del todo.

—¿Cómo lo sabes tú, Lomanski?

Una sonrisa de triunfo partió en dos el ancho, rostro del cibernético.

—Pues, porque…

Pero Lomanski no pudo continuar.

Un agudo alarido, atravesando los muros llegó hasta nosotros.

Lomanski y yo nos miramos, tratando de identificar la garganta propietaria del chillido.

Este se repitió, tremolante, y entonces supe que era Venus la que gritaba, como si algún gravísimo peligro la estuviera amenazando.

No lo dudé más; dejando a Lomanski con la palabra en la boca, salí de la estancia a todo correr en dirección al dormitorio de la muchacha.

CAPÍTULO VIII

No habíamos ido desarmados a Mechanicus, y asi lo primero que hice fue sacar la pistola automática que pendía de mi cinturón. En dos saltos estuvimos Lomanski y yo junto a la puerta de la habitación de Venus, cuyos gritos se habían acallado momentáneamente.

Yo no soy de esos héroes que irrumpen en una estancia después de

haber hecho saltar la puerta en astillas con una carga de hombro; aunque parezca mentira, mis «huesos» metálicos son mucho más frágiles y delicados que los humanos, de modo que dejé el honor de violentarla a Lomanski.

Pero yo pase antes, con la pistola a punto de ser disparada.

Lo primero que vi fue a Venus, en un ángulo de la estancia, con su pistola solar en la mano, contemplando con ojos horrorizados algo situado en un ángulo opuesto. La temperatura de la habitación se había elevado notablemente, como consecuencia de las descargas que había hecho.

Ese algo era un «robot» de la clase de Orfe, el cual había retrocedido unos pasos, a causa de los disparos de Venus. Las descargas solares habían fundido en algunos puntos su metálico caparazón, pero el conjunto había resistido bien aquellos terribles impactos, uno de los cuales bastaba para volatilizar a un humano. Al «robot» le faltaba una oreja, convertida en una retorcida voluta de metálica y unas calientes abolladuras señalaban en su pecho el lugar de dos impactos más.

—¡No le hace nada! ¡No le hace nada! —chilló histéricamente Venus.

—¿Qué es lo que ha querido hacerte, muchacha?

—No lo sé. Estaba durmiendo cuando, de pronto, me desperté sobresaltada. ¡Oh!, esa horrible cara inclinada, sobre la mía. Tenía algo en la mano.

Miré al «robot». En una de sus tenazas, y con infinita delicadeza, sostenía algo cuya utilidad no supe comprender al pronto, por ser algo distintas a las que usábamos en la Tierra. En resumen, era una jeringuilla hipodérmica.

Puse en funcionamiento el circuito de la severidad.

—«Robot» —dije—, has estado a punto de causar daño a un ser humano.

—Lo sé —contestó la máquina metálicamente. Seguí preguntando.

—¿Por qué?

—Me lo ordenaron.

Aquello era interesantísimo. Agucé las orejas.

—¿Quién? —pregunté.

—No puedo decirlo.

—¿Quieres decir que te han dado una orden y que luego te prohibieron citar el nombre de quien te la dio.

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Dorf.

Una súbita sospecha invadió mis circuitos.

—Dorf —repetí—. «Primo» o algo parecido de Orfe, ¿verdad?

Sentí rechinar sus circuitos, dándome cuenta de que mi disparo había hecho diana.

—Orfe fue el que te dio la orden de inyectar ese liquido en el cuerpo de Venus, ¿verdad?

Dorf no contestó. En el interior de su caparazón, las válvulas debían de estar sometidas a una tensión intolerable.

Acusadoramente, me acerqué a él.

—Tú y tu primo Orfe no sois dignos de llamaros «robots». Un «robot» se deja destruir sus circuitos antes de causar daño alguno a un ser humano. Habéis violado las Leyes...

Me interrumpí, dando un terrible salto hacia atrás, que me salvó el plástico de mi pellejo. De lo contrario, la pesadísima mano de Dorf me había machacado sin ningún género de dudas la cabeza. Dorf perdió pie y trastabilló un segundo.

—Esto es suficiente —dije—. Vamos a ver si tu cuerpo resiste también estos anticuados proyectiles del 45.

Levanté la mano y empecé a disparar fríamente a la cabeza de Dorf. Las detonaciones resonaron estrepitosamente, y a mis espaldas oí chillar a Venus. Pero seguí haciendo fuego, destrozando la metálica cabeza de Dorf, haciéndola volar en fragmentos, hasta que no quedo ninguna bala en el cargador. Entonces, el monstruo de metal se desplomó pesadamente, haciendo trepidar el pavimento.

Gritos y voces de alarma se oyeron entonces en todos los rincones del edificio. Pronto apareció Oscar', seguido de algunos marinos, tratando de averiguar lo ocurrido.

Venus se lo explicó en tanto yo miraba cuidadosamente, sin tocarla siquiera, la jeringuilla hipodérmica, destrozada contra el suelo. Me hubiera gustado tener a mano algún laboratorio para analizar su contenido, el cual me intrigaba más de lo preciso para mi tranquilidad valvular, pero no podía hacerlo.

En su lugar, ordené desalojar la estancia.

—Vámonos —dije—. No sabemos qué puede contener ese liquido, aunque, con toda seguridad, nada bueno. Venus puede dormir en mi habitación; yo no la necesito, y vigilaré su sueño con todo cuidado y esmero.

La muchacha agradeció mi interés con una pálida sonrisa. Salió, apoyada en el brazo de Oscar, en el momento en que el sargento Lomas, qua mandaba el pelotón de marinos, venía corriendo hacia nosotros.

—¡Doctor, doctor! ¡Vengan, por favor! Lemonnier está muerto.

Lemonnier era uno de los soldados. La noticia de Lomas nos dejó por unos instantes sin habla, pero luego todos fuimos corriendo hacia donde estaba situado el dormitorio de los marinos.

Lemonnier se hallaba echado en la cama, en tranquila actitud, a excepción del raro color de su epidermis, una siniestra mezcla de amarillo y rojo, que daba un anaranjado horrendo. No parecía haber padecido apenas, pero a simple vista se advertía su óbito.

Me acerqué a él, con ánimo de cerciorarme de su muerte. Pero, apenas había dado dos pasos, alguien lanzó un aullido que hizo vibrar estremecedoramente el vidrio de todas mis válvulas.

—¡No lo toque! —gritó Lomanski. No lo toque o pereceremos todos.

Me volví hacia él rápidamente.

—¿Qué estás diciendo?

—¿Cómo lo sabe usted, Lomanski? — preguntó Oscar, muy sorprendido.

Los marinos retrocedieron aprensivamente, mirando a Lemonnier.

El cibernético inclinó la cabeza.

—Esa enfermedad de que ha muerto Lemonnier es terriblemente contagiosa, con sólo tocar su epidermis. A ti, Kabé, claro que no te ocurriría nada; pero podrías tocar a uno de nosotros...

Fruncí el ceño, Aquel tipo sabía demasiado.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Porque... porque yo soy el único superviviente de, la nave que descubrió Mechanicus.

La inesperada revelación de Lomanski dejó a todos los humanos sin respiración y a todos sin habla. Tardé algún tiempo en recobrar la normalidad de mis circuitos.

—¿Quéee...? Repite eso, Lomanski.

—Es cierto, Kabé. Es cierto, doctor. La enfermedad debió de ser inoculada a alguno de los miembros de la expedición, y éste la contagió a los demás.

—Y tú, ¿cómo te salvaste? ¿Cómo lograste evitar el contagio?

—Cuando vi que todos iban muriendo, me encerré, aislándome de ellos. También hubiera muerto yo, pero, compréndalo, no sabía lo que me hacia entonces y me metí en la propia cámara de energía. Estaba aterrorizado, espantado... En la cámara de energía, el blindaje radiactivo es algo menor, porque para ello está la puerta sellada y los mamparos de separación de la nave, que concluyen la etapa de aislamiento. Recibí una buena dosis de radiación y esto, para mi, es lo que debió matar los gérmenes que causan la enfermedad. Por eso soy yo el único superviviente.

—Pero Lemonnier ha muerto rápidamente, en tanto que los demás tripulantes de su nave, Lomanski, debieron de fallecer escalonadamente.

—Supongo que entonces el germen sería menos rápido o bien que, a pesar de todo, la proximidad de unos motores nucleares le impedía desarrollarse con la rapidez que aquí lo ha hecho. ¡Oh! pero estuve a punto de volverme loco encerrado allí... No sabia si las radiaciones acabarían por matarme o si acabaría contagiándome. Llegué a la

Tierra en un estado horrible. Ni siquiera sé cómo pude vivir tantos días sin comer ni beber... Y luego me querían encerrar en un manicomio... Yo me escapé; sabía que algún día se organizaría una expedición para volver a Mechanicus y entonces yo vendría en ella. ¡Y he venido, si! ¡He venido, porque quiero vengar a mis compañeros muertos apestados en la nave! ¡Destruiré a todos estos malditos «robots» que...!

Me arrojé sobre el cada vez más excitado Lomanski, tratando de sujetarlo, con el fin de calmar el incipiente ataque de nervios que podía convertirse en un estallido de sádica locura que acabara con todos nosotros.

Pero el tipo me rechazó de un fuerte empellón Y antes de que pudiéramos detenerlo, salió lanzando una serie de gritos enloquecedores.

Algunos, entre ellos Oscar y Lomas, trataron de correr tras él, pero les detuve.

—¡Quietos! —grité—. Dejadlo solo; él se curará y, cuando lo haya hecho, volverá a nosotros. Entre tanto, lo mejor que podemos hacer es salir de aquí y esperar la llegada del día en continua vigilancia.

—Kabé, ¿crees que los «robots» se han vuelto locos y nos van a atacar?

Antes de contestar, hice un gesto completamente humano. Luego, dije:

—Imaginaos un grupo de científicos de elevada calidad, de ambos sexos, que llegan a un mundo y quedan desconectados de aquél del cual salieron. El tiempo pasa; se efectúan matrimonios: nacen hijos y, gracias a los conocimientos de aquellos sabios, el nivel científico de la colonia va creciendo más y más cada día, hasta el punto de que llegan a considerarse los más sabios de toda la Galaxia. Entonces, al cabo de unos cientos de años, llega una nave con seres de otro planeta, los cuales, en principio son recibidos amistosamente. Pero luego, los indígenas conciben el designio de matarlos, arteramente, por supuesto, puesto que no quieren que haya nadie superior a ellos. La civilización de los indígenas ha aumentado, desde luego, pero, al mismo tiempo, ha seguido un proceso de evolución degenerativa. Nadie más sabio que ellos, ¿me comprendéis?

Los ojos de todos mis oyentes se dilataron al comprender.

—¡Cielos! —exclamó el doctor—. ¿Quieres decir, Kabé, que estos malditos «robots» tienen intención de asesinarnos?

—No pueden hacernos daño alguno —objetó Venus—. Las Leyes Robóticas se lo prohíben.

—También vuestras leyes humanas prohíben matar, Venus. Pero no siempre lo impiden.

Hubo un momento de silencio cuando hube pronunciado estas palabras.

De pronto, Oscar alargó el brazo.

—¡Ahora lo entiendo! Los cerebros positónicos de estos «robots» han degenerado con el tiempo, y sus máquinas les han imbuido ideas completamente humanas.

—Exactamente. En la Tierra se prohíbe que un humano mate a otro humano. Hay leyes escritas que así lo dicen, ¿verdad? El parlamento de los altavoces que oímos hace poco sustituye a las leyes escritas... pero Orfe ha hecho caso omiso de algo que fue ideado mucho antes de que él fuera construido.

—Eso es —aprobó el doctor—. Las fábricas de «robots» han ido construyendo cerebros positónicos cada vez más perfectos, llegando hasta inocularles circuitos con, digamos, defectos humanos.

—Pero no han mejorado el aspecto externo, porque carecían de un modelo en qué basarse —dije—. Es sólo el interior de los «robots» lo que, paradójicamente, al ser mejorado y perfeccionado, ha degenerado.

Hubo un escalofrío general que recorrió todas las espaldas.

—¿Querrán matarnos estos «robots» que ya se creen hombres? —inquirió alguien.

—¿Con qué objeto? —preguntó otro.

—¿Qué beneficio puede reportarles a ellos nuestra muerte?

—¡Tienen que obedecernos! ¡Son «robots»! —chilló Lomas.

—¡Kabé, tú eres también un «robot»! Entiéndete con ellos; los conoces mejor que nadie.

Moví la cabeza con pesimismo.

—Lo siento. No podría hacer nada, por la sencilla razón de que...

Me interrumpí de pronto. Una diminuta chispa de luz acababa de surgir en una de mis válvulas, invadiendo rapidísimamente mi cerebro positónico con una terrible sospecha.

Oscar me cogió por los hombros. Había visto algo raro en mí.

—¡Kabé! ¿Qué te ocurre?

—Es algo horrible, pero no puede ser de otra forma, jefe.

—¿Qué es eso, Kabé?

—Nuestra nave.

¿Cómo? ¿Que tiene que ver nuestra nave con…?

Moví la cabeza de arriba abajo.

—Tiene que ver y mucho. ¿Se ímagina a los «robots» dueños del secreto de los viajes interplanetarios e interestelares? ¿Sabe lo que significa una raza de hombres mecánicos ávidos de gloria y de poder, a los cuales no les duelen las heridas y se les da un ardite de ser destrozados o no? ¿Se da cuenta del desastre que podría ocasionar una flota de cientos de miles de astronaves cayendo, repletas de «robots» guerreros, sobre la Tierra o cualquiera otro de los planetas habitados?

Oscar palideció. Venus, temerosa, se apretó contra él. Los demás oprimieron sus armas, mirando aprensivamente a nuestro alrededor.

—¿Crees tú a los «robots» capaces de hacer todo eso, Kabé?

—Pero… si su hospitalidad es magnífica —objetó la chica.

En lugar de contestar, me volví hacia Lomanski.

—Anda, diles a éstos lo que viste en la fundición. Cuéntaselo todo y, además, di también los motivos en que te basas para saber a ciencia cierta que Orfe quería matarnos a todos.

Los ojos de Lomanski miraron con aprensión a derecha e izquierda.

—Es cierto —murmuró al cabo—. Orfe quiso matarnos a todos. Kabé tiene razón; tratan de apoderarse de nuestra nave. Extraerán todos sus secretos de ella y construirán cientos, miles de ellas. Tiempo les sobra, y materiales y fábricas también. Sus cerebros han degenerado y creen que son más perfectos que los humanos. Toda esa cantinela de la recitación de las Leyes Robóticas no es más que pura comedia.

Lomanski, más calmado, pasado su ataque nervioso, había vuelto junto a nosotros y parecía estar avergonzado de su debilidad. Sus palabras confirmaron ampliamente mi tesis y ello acabó por convencer al doctor y al resto de los expedicionarios.

—Está bien —dijo Oscar—. Entonces, aquí no pintamos nada. Lo primero que tenemos que hacer es buscar los vehículos y largarnos de esta maldita casa. ¡Vámonos!

Obedecimos al instante las órdenes de Oscar. Llegamos en un santiamén al comedor, pero apenas habíamos entrado en él nos detuvimos en seco.

Orfe estaba ante nosotros, con una caja metálica sostenida en sus dos «manos», cerrándonos el paso.

Me adelanté hacia él.

—Queremos volver a la nave, Orfe. Déjanos salir. Las rojas pupilas del «robot» oscilaron alarmantemente.

—¿Os desagrada mi hospitalidad, Kabé?

—Es magnifica… pero queremos volver allá.

Échate a un lado.

—Me gustaría teneros algún tiempo más entre nosotros.

—Lo siento, pero no podemos. Vamos, Orfe; ¡obedece!

De nuevo se incendiaron los ojos del «robot».

—No puedo obedecerte a ti, Kabé. Tú eres un «robot» como yo.

—¿Quién te lo ha dicho? —aullé.

Aquel era mi secreto y con el cual yo contaba para pasar desapercibido.

—No te importa, Kabé.

—Entonces, que te lo diga el doctor. Él si es un humano, y tú le debes obediencia.

Oscar se adelantó un par de pasos y abrió la boca para hablar. Pero no pudo.

Mis circuitos visuales captaron la imagen de las «dedos» de Orfe manipulando en la cajita que sostenía. Levanté la mano y disparé.

Uno de sus ojos saltó, con seco estallido. El otro le siguió al instante, y continué disparando hasta convertir la cabeza de Orfe en un, montón de inútil chatarra. Oí que de su megáfono salían unos agudos gritos, como de impotente rabia, pero no estoy seguro; el estruendo de los disparos era demasiado fuerte para poder confirmarlo.

Orfe no cayó; quedó en pie, «muerto», sosteniendo aún la caja, de la cual, y obedeciendo a un chispazo de instinto, me apoderé, tras de lo cual, grité:

—¡Vámonos! ¡A los coches!

Pero, apenas habíamos abierto la puerta, cuando nos vimos obligados a detenernos en seco, estupefactos y horrorizados, por lo que, a la brillante luz de unos reflectores, aparecía ante nuestros ojos.

¡La casa estaba totalmente rodeada por una ingente masa de «robots», cuyas intenciones, a pesar de la impasibilidad de sus metálicos rostros, no podían ser más evidentes!

CAPÍTULO IX

Sí allí estaban los «robots», silenciosos, amenazadores, siniestros, mirándonos fijamente con sus heladas pupilas multicolores, la intensidad de cuyo brillo variaba constantemente, frente a la casa, como aguardando el momento más conveniente para abalanzarse sobre nosotros y hacernos pedazos.

Cerré la puerta bruscamente, sujetándola con firmeza. Luego, dije:

—Lomas, distribuya a sus hombres en puntos estratégicos y que disparen contra todo «robot» que intente acercarse a la casa. No pueden correr mucho, de modo que, si tienen puntería sus hombres, con un sólo disparo bastará.

—De acuerdo, Kabé. ¡Vamos, chicos!

Alguien empezó a sollozar histéricamente, escondiendo la cara contra

la pared. Era Cassidy que, perdida la serenidad, se portaba exactamente como un crío.

—¡Nos matarán! ¡Nos matarán a todos! Tienen estropeados los circuitos y se han vuelto locos...

Miré a Oscar. Hay cosas que Kabé no puede hacer, y el doctor me comprendió al instante. Cassidy continuaba gimiendo monótonamente.

Oscar lo cogió por un hombro, haciéndole dar una repentina media vuelta.

—Todavía estamos vivos, Cassidy. ¡Ea!, no se...

—Una vez pasó igual en la Tierra, doctor. Pero sólo era un «robot», mientras que aquí hay miles de ellos. No comprendo cómo sus cerebros positónicos pueden haberse averiado.

—Todavía no estamos seguros de ello —dije, aunque de sobra lo sabía, pero más que nada era para animarlo.

—¡Si! —chilló el cibernético—. ¡Nos van a matar a todos! ¡Nos ... !

Calló repentinamente, porque la mano del.doctor le golpeó rudamente las mejillas. Yo lo hubiera hecho antes sí no fuera porque mi robótica condición me impide poner la mano sobre una persona humana.

— ¡Silencio, Cassidy! —gritó Oscar enérgicamente—. Tiene usted una pistola, de modo que defiéndase en vez de llorar como una muchacha.

—¡Alto ahí! —gritó Venus—. ¡Yo soy una muchacha y no estoy llorando! ¿Entendido?

—Bueno, pues como una muchacha que no se llame Venus de Vega —tercié ya, conciliador—. Vamos, vamos, Cassidy; todavía no es tiempo de ponerse así. Mientras hay vida hay esperanza, ¿eh?

Miré al sargento.

—Dése prisa, Lomas; no podemos perder ni un segundo. Si sus hombres apuntan bien, con un disparo tendrán más que suficiente.

Lomas y sus hombres echaron a correr, sin ruido, con la disciplina propia de su cuerpo, teniendo las armas a punto. Luego, yo dije:

—Patrón, voy a salir ahí afuera.

—¿Para qué?

—Quiero charlar un momento con esos micos. Me interesa saber cuáles son sus intenciones.

Venus palideció.

—Te matarán, Kabé.

—No se puede hablar nunca de muerte refiriéndose a un «robot», muchacha. Pero todavía estoy enterito; no pases pena. Doctor, cúbrame con su arma.

—De acuerdo, Kabé.

Abrí la puerta y en el mismo instante tuve que dar un salto atrás. Una pesadísima mano metálica acababa de descargar un golpe de arriba abajo que, a no andar yo listo, me hubiera deshecho en un instante. Pero si aquellos «robots» tenían la ventaja del número, nosotros les ganábamos en rapidez de movimientos. Bastaron un par de disparos para reducirlo al estado de chatarra.

Pareció como si los «robots» comprendieran que éramos unos humanos duros de pelar y contuvieron su movimiento de avance. Ya he dicho de sobra en otras ocasiones que mi aspecto es enteramente humano, y que puedo engañar aun a los más expertos, si me lo propongo, cuanto más a aquellas pesadas y torpes máquinas.

Sólo uno, a lo que parecía, se había arriesgado a avanzar, de modo que quedaba un espacio libre entre él y los demás. Pasé por encima de su «cadáver» y me dirigí hacia los otros, quedando, no obstante, a una distancia prudencial de las primeras filas.

—¿Adónde vais? ¿Qué pretendéis? —exclamé, dirigiéndome a un pequeño grupo de similar apariencia a la de Orfe.

—Sois humanos; nosotros, «robots» —contestó uno de ellos, pareciéndome como si se enorgulleciera de ello.

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué de particular tiene eso? ¿Por qué cercáis la casa, impidiéndonos salir?

—Sois nuestros prisioneros y os intimamos a entregaros .

—¿Para qué?

El «robot» no contestó.

—Te ordeno que des una respuesta. Soy un humano y me debes obediencia.

—Tú no eres un humano, sino una máquina como nosotros.

Solté un respingo. ¡Qué pronto se había extendido mi condición robótica! ¿Qué granuja había sido…?

—Es lo mismo —refunfuñé—. Hablo en nombre de los humanos y os ordeno nos dejéis el paso franco. ¡Fuera, «robot»!

Pero ni por ésas se movió. NI sus compañeros tampoco. Estaban como clavados en el suelo, inmóviles, mirándome hipnóticamente con sus frías pupilas.

Decidí entonces recurrir a otra argucia,

—Orfe, vuestro jefe, ha muerto. Ya no le tenéis para que os guíe. De modo que…

—No importa. Sabemos cuáles son sus órdenes y las hemos de cumplir.

—¿Os ordenó dañar a unos humanos? ¿Sabéis que eso va en contradicción con las Leyes Robóticas?

—Ya no existen Leyes Robóticas. Ahora somos nosotros los dueños de este planeta y vosotros unos intrusos.

—Entonces, ¿por qué nos acogisteis fingiendo bondad y sumisión hacia nosotros? ¿Qué avería hay en vuestros circuitos que os impelió a engañarnos?

No contestó. ¡Qué granuja! Demasiado sabía las respuestas que debía callar. Seguro que pertenecía a la camarilla de Orfe.

—¿Te das cuenta de que antes de que nos hagáis el menor daño podemos destrozar a miles de vosotros?

—Todavía somos millones y no nos podréis matar a todos, y las fábricas siguen funcionando sin cesar.

¿Me estremecí? No lo sé, porque no suelo tener tal clase de sensaciones, pero la noticia era como para quedarse rígido de miedo. Sí, tenían cientos de miles, millones de compañeros suyos, a los cuales no podríamos exterminar. Ellos acabarían antes con nosotros… y luego, apoderarse de la nave y de los que en ella quedaban, sería cosa

de juego para aquellos hombres mecánicos, que parecían haber perdido el control de sus circuitos.

Retrocedí. Sus pupilas estaban adquiriendo un brillo sospechoso. Pero, antes de acogerme al refugio de la casa, quise efectuar la última intentona.

—¡Por última vez! Os ordeno que dejéis el paso libre hasta los coches. Vuestras leyes os ordenan obedecer a los humanos.

Cerraron aún más sus filas, con algunos metálicos sonidos de coraza contra coraza. Vi que aquello no tenía ya remedio y me acogí a la protección del edificio.

—Es inútil —dije, cerrando la puerta, de cuya solidez dudaba bastante —. Esos tipos de ahí fuera quieren nuestros pellejos y no acabarán hasta que lo hayan conseguido. —Pero, ¿para qué? —inquirió Venus, angustiada—. ¿Qué ha podido ocurrirles para que quieran matarnos, a nosotros, unos humanos?

—No lo sé —me encogí de hombros—. Ese maldito Orfe debía de tenerlos bien instruidos. Nos acogieron como a huespedes de honor, nos trajeros aquí engañados como unos chinos, y el resultado ya puede verse: sitiados aquí y sin la menor posibilidad de escapar.

—Y para mayor abundamiento —recalcó con sarcasmo el doctor—, confiamos en ellos, no trajimos siquiera una radio portátil para estar en contacto con los que quedaron en la «Armenia». ¿Qué habrá sido de ellos?

En la parte posterior de la casa estallaron unos cuantos disparos. Luego se hizo el silencio de nuevo.

—Vaya a investigar, Lomanski — ordeno el doctor, y el cibernético asintió.

—De modo que no tenemos escape, ¿eh? —dijo Venus.

Moví la cabeza.

—No me suministraron mucha dosis de pesimismo en mis circuitos — dije—, pero tampoco me gustaría que os hicierais muchas ilusiones. Vivos o muertos, esos tipos de ahí fuera nos quieren pescar, y no pararán hasta conseguirlo.

—¡Pero algún medio habrá de salir de aquí! —casi gritó la chica.

Miré al doctor. Éste dio la respuesta por mí.

—Yo no lo veo —dijo—, hablando con franqueza. ¿Cómo vamos a poder atravesar la barrera de «robots» que hay ahí fuera? Debe de haber unos cuantos millares, y no tenemos alas.

—Entonces, ¿por qué no atacan ya? —preguntó Venus.

Oscar calló, sin dar una respuesta, porque no sabía qué decir. Me consultó con los ojos, y yo puse en tensión todos mis circuitos y válvulas.

—Debe de ser —dije al cabo de unos momentos— porque en sus cerebros positónicos está imbuida aun la orden de no hacer daño a algún ser humano. Ellos están luchando contra ese veto, sin conseguir romper esa barrera mental del todo, a pesar de las órdenes que Orfe grabó en sus registros internos.

—Lo cual quiere decir que sólo falta que alguien rompa ese equilibrio que, por ahora, nos está protegiendo...

—Exacto. Y, entonces, nosotros... ¡Kaputt! —exclamé, provocando un escalofrío en la pareja y en Cassidy.

Oscar soltó un taco.

—¡Maldición! Bien supieron engañarnos esos puercos «robots». Y aún no sé cómo se nos ocurrió traer armas. De lo contrario...

—Si; pero las municiones no son eternas, jefe. Venus se acercó a Oscar, mirándole de una forma singular. Supe que, en medio de todo, la muchacha no se sentía desgraciada, corriendo la misma suerte que el doctor. ¡Los hay con suerte, Galaxia!

Lomanski llegó casi sin aliento.

—Por ahora no ocurre nada grave —dijo—. Lomas disparó contra un par de «robots» destrozándolos.

—El equilibrio empieza a romperse —dije—. De momento, Lomas lo ha restablecido con unos cuantos disparos. El digamos subconsciente de los «robots» interpreta las detonaciones como unas órdenes conminatorias y prohibitivas.

—Pero llegará el inevitable momento en que las barreras sean rotas y entonces la masa desborde los diques de contención —sugirió el

doctor, con acertada metáfora.

—¿Y no podemos hacer algo? Deberíamos intentar comunicar con la nave a toda costa. Quizá ellos pudieran ayudarnos...

—No tenemos a bordo ni un mal helicóptero —dije, malhumorado—: La «Armenia» puede despegar de Mechanicus y salir ál espacio exterior, pero ya sabes en la forma que lo hace. Tiene que adquirir al menos cuarenta o cincuenta mil kilómetros a la hora para vencer la barrera gravitatoria de este planeta; y luego reducir la marcha, orientarse, buscarnos y aterrizar por último. Todo esto consume una buena cantidad de tiempo, suponiendo, además, que conozcan exactamente nuestra posición, cosa que no ocurre.

—Es cierto —asintió Oscar—. Saben la dirección en que vinimos, pero no con exactitud. Además, el radar se vería influenciado por la existencia de tantas y tantas masas metálicas...

Se interrumpió de repente. Un sonoro crujido acababa de oírse.

Todos miramos hacia la puerta. El ruido se repitió.

La puerta saltó violentamente, cuando un par de «robots» cargaron contra ella. Las pupilas de aquellas horrendas máquinas brillaban con siniestro refulgor.

La pólvora hizo toser a los humanos y los estampidos conmovieron la atmósfera. Los dos «robots» fueron deshechos con media docena de bien dirigidos balazos y allí quedaron, obstruyendo parcialmente la entrada de la puerta. Pero ésta había quedado inservible y, a unos metros de ella, cientos de siniestras pupilas nos miraban con odio inhumano.

Parecía que nuestros disparos los contuvieran, volviendo sus cerebros mecánicos, siquiera por unos momentos, a la normalidad. Pero las balas no dejaban de ser unas órdenes dadas con violencia, y éstas nunca han dado buen resultado, a la larga. El «robot» con quien había hablado tenía razón sobrada; ellos eran muchos y nosotros pocos. Y, además, aislados y sin posibilidad de llegar a nuestra nave y, mucho menos, de comunicarnos con ella.

Más disparos sonaron a nuestras espaldas, seguidos de un agudísimo alarido. Lomanski fue a investigar, volviendo a los pocos momentos.

—Han matado a uno de los soldados —dijo. Venus se estremeció. Yo hice la pregunta que cabía hacer en aquellos momentos:

—¿Y el arma?

—La tiene el sargento Lomas.

—Ya van dos, Kabé —dijo Oscar, pensativo, sin dejar de mirar a los «robots» que permanecían inmóviles fuera —.Lemonnier y...

—¡La peste! —gritó Venus—. Nos contagiará.

—No por ahora. Tal como dijo Lomanski, es preciso tocar a un ser afectado por dicha enfermedad o, por lo menos, es una opinión mía, claro, dejar pasar un periodo de incubación de la misma, cuya duración ignoramos. Si no os acercáis a la habitación donde está el cadáver, no creo que por ahora podáis contagiaros.

—Y pensar que unas máquinas supieron engañarnos como a unos chinos —dijo Oscar amargamente—. Nos trajeron aquí, dándonos un trato de reyes, y...

—Dé las gracias a que han permanecido muchos siglos aislados, sin contacto humano. De lo contrario, les habrían dado algún narcótico en la cena y... ¿qué habría ocurrido, entonces?

—¡Kabé! —gritó la chica —. ¿Por qué eres tan desagradable?

Me encogí de hombros.

—La verdad pocas veces suele ser agradable, nena —contesté, y luego un denso, espeso silencio, cayó sobre nosotros, envolviéndonos con sus siniestros presentimientos.

El tiempo empezó a pasar lentamente. Una gris aurora amaneció por el oriente de Mechanicus, disipando en parte la luz de los focos que alumbraban el espacio lleno de «robots», los cuales seguían allí hieráticos, inmóviles, aguardando con perruna paciencia su ocasión.

De pronto, Oscar tuvo un arranque. Se separó de los brazos de la chica y caminó hacia la puerta.

—¿Dónde va, jefe?

—¡Oscar, no! — gritó ella, angustiada.

Cassidy trató de impedirle el paso.

—Doctor, no intente usted eso tan siquiera. Los «robots» le aplastarán.

—Todavía soy un hombre —dijo con firme acento—. Y las Leyes Robóticas deben de estar grabadas muy hondo en el subconsciente positónico de esas malditas máquinas para que no acaben por obedecer. ¿No los veis? Aún vacilan y dudan, y…

—…llegará el momento en que rompan el freno qué los ata, y usted puede ser el agente que provoque tal rotura, jefe —exclamé—. ¡No salga!

La tensión había llegado ya a límites intolerables. En el interior de mi cuerpo, yo tenía que enviar unidad tras unidad de refrigeración a mis circuitos para evitar el excesivo recalentamiento de éstos y una posible fusión de alguna válvula esencial que me dejara fuera de combate en el momento menos oportuno. Venus estaba muy pálida, y Cassidy sudaba copiosamente. En cuanto a Lomansky, no dejaba de mover sus dedos aprensivamente.

Terco como él solo, Oscar pasó por encima de las inertes moles metálicas de los «robots» destruidos y avanzó al encuentro de los que aguardaban, expectantes, a unos metros de la casa.

—¡Fuera de aquí! —gritó—. ¡Fuera he dicho! ¿Lo habéis oído?

Hubo un movimiento de repliegue entre los «robots». Pareció como si los gritos de Oscar impresionaran sensiblemente sus circuitos auditivos.

Envalentonado, el doctor avanzó un par de pasos más.

—¡Jefe, cuidado! —grité—. Se está metiendo en terreno movedizo.

Pero no me hizo caso.

—Soy un hombre: «robots» —dijo—, y me debéis obediencia. No podéis hacerme daño, pues vuestras leyes lo prohíben. Al no permitimos la salida de aquí, nos estáis causando un daño gravísimo. ¡Retiraos! ¡He dicho que soy un hombre!

Vacilaron. Las lámparas de sus pupilas oscilaron violentamente, como si en el interior de sus metálicos caparazones, los circuitos que en ellos latían estuvieran sujetos a una serie de intolerables conmociones. Oscar avanzó dos pasos más.

De pronto, percibí un vago peligro. El fulgor de los «ojos» aumentó repentinamente.

—¡Atrás, doctor, atrás! —grité, y mi aullido fue tal que Oscar, inconscientemente, volvió la cabeza.

Venus lanzó un chillido agudísimo, tapándose los ojos con las manos, Cassidy lanzó una maldición y levantó su pistola, pero no podía disparar; la cabeza del doctor estaba en línea con la del «robot».

El grito de Venus fue un revulsivo para Oscar, quien se volvió en el preciso instante en que la zarpa de la máquina caía sobre él. Oscar trató de evitar el fenomenal golpe que amenazaba con cascarle el cráneo como si fuera un huevo, pero sólo lo consiguió a medias.

Aun así, el impacto fue tan fenomenal que no pudo resistirlo y, volteando sobre sí mismo, cayó al suelo. Venus gritó nuevamente, al borde de la histeria.

Las armas de fuego tabletearon ensordecedoramente, destrozando las metálicas cabezas de los «robots» y enviando sus fragmentos por los aires, Pero nada podía contener su irresistible avance.

Una enorme masa metálica nos ocultó de la vista al doctor, caído en medio de varios centenares de «robots». Ni siquiera tuvimos la menor probabilidad de salvarlo, ya que bastante teníamos con salvar nuestro propio pellejo.

En aquellos angustios momentos, cuando la marea de «robots» avanzaba lenta pero implacablemente hacia la casa, Venus tuvo la idea de utilizar su pistola solar. Descubrió que las descargas cósmicas, siempre que impactaran en un ojo, fulminaban al «robot», y la utilizó despiadadamente durante un buen rato.

Las máquinas comprendieron que una nueva arma era utilizada contra ellas, y que parecía ser mucho más eficaz que las anteriores. En un perfecto orden, se replegaron, dejando entre las primeras filas y la casa un ancho circulo, mayor que el que antes había habido.

Salté fuera del edificio, temiendo ver un amasijo de carne y huesos ensangrentados en que, seguramente, se habría convertido el doctor, con sólo ser pisoteado por los «robots». Pero mi circuito del asombro estuvo a punto de fundirse al ver que no había, el menor rastro de Oscar en el suelo.

Venus, con los ojos empapados en lágrimas, vino a mi lado, explorando el suelo, en busca de un indicio. No se veía tan siquiera una gota de sangre que nos indicara la suerte que había corrido Oscar.

Y, entonces, una siniestra idea brotó en lo más hondo de mis válvulas y, sin poderme contener, la solté en voz alta.

—¡Oscar está prisionero de los «robots»! — exclamé.

CAPÍTULO X

Algo apareció de repente por encima, de las cabezas de los «robots», saltando y rebotando como una ágil pelota de fútbol de gran tamaño. Caía al suelo, se levantaba, golpeaba un cráneo metálico, pasaba de éste a un hombro, y así, con gran rapidez, pudiendo apenas ser seguido por la vista, aquel globo de color pardo rojizo, llegó hasta nosotros.

Alguna tenaza, robótica se elevó, tratando de atrapar la pelota, pero ésta esquivó los golpes con suprema habilidad, y llegó hasta nosotros sin haber sufrido el más mínimo daño.

Ya llevábamos allí casi una semana, cercados implacablemente por los «robots», los cuales, si no nos habían causado el menor daño, nos habían impedido, en cambio, salir de la casa, habiendo establecido un sitio en toda regla.

Ellos no necesitaban dormir ni alimentarse, como yo, por lo que su capacidad de resistencia era infinita. Pero, en cambio, los humanos estaban llegando ya al límite de sus fuerzas.

Agotadas las escasas provisiones que, como cebo, nos había dispuesto Orfe, el hambre había empezado a hacer su aparición en el reducido grupo que nos hallábamos allí encerrados. No me incluyo yo, naturalmente, puesto que carezco de tales necesidades, pero, diciendo la verdad, tenía los circuitos muy incómodos, viendo padecer a mis compañeros de forzosa reclusión, los cuales llevaban ya cuarenta y ocho horas sin probar bocado. Venus había palidecido, adelgazando un poco, lo cual, si ello era posible, no había hecho sino aumentar más su belleza y la pena por la ausencia de Oscar era visible en los oscuros círculos que rodeaban sus verdes pupilas.

No obstante, la muchacha lanzó el acostumbrado gritito de susto cuando vio desplegarse los seudópodos de D'War. El siriano nos saludó

con su chillona vocecilla.

—¡Hola, chicos! ¿Qué diablos ocurre por estos andurriales?

—Ya lo estás viendo —contesté—. Estas malditas máquinas nos han cercado y no nos dejan salir ni a tiros. Así llevamos ya seis días.

—Lo mismo nos ocurre a nosotros. ¡Condenados «robots»! ¿Qué diablos pretenden?

Me encogí de hombros.

—Eso es lo que nos gustaría: saber, —dije—. ¿Cómo están en la nave?

—Bien — repuso 'D'War —, pero sin poder salir. Y más después de lo ocurrido.

—¿Qué pasó? —preguntó Venus, súbitamente interesada.

—Pues que nos dimos cuenta que eran ya demasiados días sin saber de vosotros y el primer astrogador, Gregg, ordenó que una patrulla saliera a averiguar qué ocurría. Eliminaron a la patrulla —dijo el siriano lacónicamente.

Venus lanzó un gemido de horror.

—Nos supusimos que algo os había ocurrido a vosotros —dijo D'War— y me encargaron saliera en vuestra búsqueda. Gracias a mi especial constitución —añadió orgulloso— soy el único que pude franquear aquella barrera de miles de «robots» y ¡aquí estoy!

—¡Vaya una ayuda! —refunfuñó Cassidy—. Y además, D'War, eres incomestible. ¿No se te ocurrió traer un par de latas de carne?

—No lo pensé —contestó humildemente el siriano—. Por el contrario, creía no hallar siquiera rastro de todos vosotros. Me ha costado dos días encontraros, ¿sabes, Kabé?

Me froté la mandíbula en un gesto puramente humano.

—El doctor Lavery ha desaparecido —dije. D'War dio un salto de dos metros de altura, —durante el cual se transformó en una esfera, reabriéndose de nuevo apenas tocó el suelo.

—¡Gran Galaxia! —exclamó—. ¿Es cierto eso que me dices, Kabé?

Señalé con el pulgar hacia la chica.

—No tienes más que ver a Venus —murmuré. La pobre estaba que no podía contener las lágrimas.

—¿Y no sabéis qué es lo que ha sido de él?

—No. Contra nuestros consejos, y puesto que yo había fracasado en despejar el camino, se empeñó en hacerlo él. Dijo que, siendo un humano, los «robots» le obedecerían. Se metió en medio de ellos... y ésta es la hora que aún no sabemos lo que ha sido de él.

Uno de los tentáculos de D'War onduló en el aire.

—Es raro —murmuró— que se lo hayan llevado.

A los nuestros los mataron, destrozándolos horriblemente. Pero no hicieron ningún prisionero.

—Y aquí nos hicieron dos bajas antes de atrapar al doctor, D'War. Hay aquí algo que no entiendo, que no acabo de comprender del todo. Esto es muy raro y muy extraño, ¿no te parece?

—¿Y por qué habían de llevarse precisamente a Oscar, Kabé? ¿No pudieron aprehender a uno cualquiera de vosotros?

Denegué con la cabeza.

—Conmigo no hay que contar, puesto que saben que soy uno de ellos.

—¿Quién se lo dijo? —preguntó el siriano con vehemencia.

—Se lo habrán olido, digo yo.

—¡Oler! ¡Esas máquinas! — resopló D'War, desdeñoso —. Eso es alguien que se ha ido de la lengua. Algún maldito soplón que...

—Lo mismo he pensado yo; pero, ¿quién?

—En resumen, que falta el doctor, y que no sabéis qué es lo que ha sido de él,

—No —contesté.

—¿Y no visteis tampoco la dirección que tomaron sus captores?

—¿Cómo lo ibamos a ver si era de noche y, además, había diez mil «robots» delante que nos impedían dar un paso? Primero lo creímos destrozado; luego...

D'War movió vertiginosamente sus tentáculos.

—Eso es que a los «robots» les interesa el doctor, Kabé.

—¿Para qué? Entiende de cibernética, si, pero no es un especialista como Cassidy y Lomanski. Estos dos son, según informes, un par de genios en la materia. ¿No les habría resultado más positivo atrapar a uno cualquiera de ellos, con lo cual habrían obtenido un mayor beneficio?

—Posiblemente sí, Kabé. Pero el caso es que se llevaron al doctor y que yo...

Se interrumpió. Sus seis pupilas brillaron alborotadamente, al mismo tiempo que de su «garganta» salían unos sonidos muy parecidos a la risa.

—¿Tú, qué, D'War?

—Mira, chico; yo soy el único que puede franquear la barrera ésta que os cerca. Voy a intentarlo y a buscar al doctor.

—¿No sería mejor avisar a Gregg y que se viniera acá con la «Armenia»? Es una maniobra que costaría un poco; ya lo sabemos, pero así...

En aquel momento, Venus dio un paso hacia adelante. Dominando sus aprensiones, tomó entre sus manos uno de los, aparentemente, blandos seudópodos del siriano.

—D'War —dijo, suplicante.

—¿Qué quieres, hermosa?

—Busca al doctor.

—Eso es lo que pienso hacer, Venus.

—Pero te vaya hacer una advertencia, D'War.

—Te escucho por mis seis oídos, hermosa. Dime: ¿qué es?

—Sólo te doy un plazo de veinticuatro horas terrestres para hallar a Oscar. Si pasado ese tiempo, no han dado resultado tus pesquisas, vuelve a la nave y tráetela aquí. A fin de cuentas —suspiró la chica—, sólo es una vida, que casi puede considerarse ya como perdida, en tanto que aquí quedan aún siete u ocho hombres más.

—Y tú —dijo D'War.

—Yo no cuento —musitó ella—. Anda, D'War, ve pronto.

Había un tono de humildad en las palabras de Venus.

—O.K. chica. Te traeré a tu doctor o dejaré de ser quien soy. ¡Hasta la vista, muchachos! ¡Yupiii...!

Lanzó un agudo chillido en el instante justo de convertirse en una pelota, que, sin solución de continuidad, se lanzó hacia afuera, con gran velocidad. Dio dos o tres botes pequeños, como si tratara de tomar impulso, y luego saltó a gran altura.

D'War había calculado su salto para caer en la cabeza de un gigantesco «robot» que sobresalía de los demás y de aquí continuar con su original manera de franquear el muro metálico que nos cercaba. Pero el «robot», aunque lento, hizo un imprevisto movimiento.

En el aire ya, falto de un punto de apoyo, D'War no pudo corregir su trayectoria y cayó sobre el pecho del «robot», resbalando de aquí al suelo, de mala manera. Trató de saltar de nuevo.

Una enorme zarpa metálica le golpeó lateralmente, arrojándolo con terrible violencia contra otro hombre mecánico. Éste devolvió el golpe, enviando al siriano a diez metros de distancia.

Dos potentes garras lo atraparon entre sus dentadas tenazas, impidiéndole toda escapatoria. Las manos del «robot» empezaron a hacer presión sobre la dura cáscara externa de D'War.

Venus chilló horrorizada al comprender el espantoso fin que aguardaba al simpático siriano. Un segundo «robot» anadió sus esfuerzos al de su compañero.

Durante unos momentos, que se nos hicieron agónicamente interminables, D'War resistió las terribles presiones a que era sometido externamente. Pero al fin no pudo resistir más y se abrió, desplegando todos sus tentáculos.

Debía de sufrir unos dolores espantosos, pero no gritó. Una tenaza metálica, perteneciente a otra máquina, asió uno de los seudópodos, tirando de él y desgajándolo con un sólo golpe. Una nauseabunda masa viscosa salió de la herida.

En contados segundos, D'War fue reducido a una horrible pulpa de color pardo rojizo, que quedó tendida en el suelo. Los «robots» como si quisieran asegurarse de la muerte del desgraciado siriano, patearon su cuerpo con vesánicos gestos, hasta que del pobre D'War no quedó otra cosa que un líquido manchón que se iba extendiendo lentamente por el suelo.

Venus gimió y sollozó, espeluznada por la espantosa suerte que había corrido D'War. Sin fijarse en mi robótica condición, se colgó de mi cuello, estremeciéndose sus esbeltos hombros a impulsos del incontenible llanto que los agitaba. Tardó un buen rato en serenarse y yo, prudentemente, dejé que se desahogara por si sola.

Aquel día transcurrió sin otra novedad, monótono, exasperante, sintiendo mis humanos compañeros el azote del hambre, siniestro fantasma que se alzaba ante ellos, amenazando con la más espantosa de las muertes. Llegó el día siguiente y, cuando todo presagiaba que no iba a ser muy distinto de los demás, un grito nos sacó del marasmo en que habíamos caído.

—¡Vengan! ¡Vengan acá! —gritaba el sargento Lomas, denotando con sus alaridos la tremenda excitación de que estaban poseídos.

Olvidando todo, corrimos hacia la trasera de la casa. Venus abrió mucho los ojos, se estremeció, y luego se mordió los dientes para no prorrumpir en un alarido.

—¡No! ¡No es posible!

—Pues sí —dijo Lomas—. Es el doctor y, además, parece tener un magnífico aspecto.

En aquel momento, sentimos ruido a nuestras espaldas. Alarmados, requerimos nuestras armas y volamos hacia la entrada anterior que habíamos olvidado, atraídos por los gritos del sargento.

Al llegar al vestíbulo, nos detuvimos como heridos por un rayo.

Hubo un momento de intenso silencio. Después, Venus prorrumpió en un histérico alarido.

—¡No! ¡Eso no es cierto! ¡Kabé —me tomó por los hombros, zarandeándome frenéticamente—, dime que no es cierto lo que están contemplando mis ojos!

Pero sí lo era. Oscar estaba ante nosotros, contemplándonos con una

expresión de ausencia en su rostro. Empecé a temer por la integridad de mis circuitos.

Sin embargo, antes de que pudiéramos recobrarnos de la enorme sorpresa que nos había causado el hecho de ver dos doctores, exactamente iguales y en puntos totalmente opuestos, otro Oscar apareció, abriéndose paso entre la silenciosa masa de «robots». Y luego otra y otra y otra imagen del doctor, repitiéndose hasta la saciedad, surgieron hasta alcanzar muy pronto y con toda facilidad una cifra muy aproximada al centenar.

Aquello amenazaba con volvernos locos a todos. ¿Que misterio encerraba aquella interminable reproducción de la efigie del doctor?'

Venus se tapó los ojos, tratando de no ver aquel horror. Oscar multiplicado por equis se detuvieron, quedando en primera fila, inmóviles, fijos sus opacas pupilas en las nuestras.

Una súbita idea estuvo a punto de fundirme un par de válvulas.

—¡Ya lo sé! —grité—. Raptaron a Oscar para reproducir una figura humana. Después de tantos siglos de vivir en Mechanicus sin hombres, los «robots» se fueron perfeccionando, pero sólo en el aspecto interno, no en su configuración exterior. Y por eso necesitaban a toda costa una persona que les sirviera de base y modelo para sus trabajos preliminares.

Venus me miró, absorta.

—¿Y por qué elegir a Oscar precisamente y no a cualquiera de nosotros?

Me permití el lujo de una sonrisa.

—Nunca me ha gustado elogiar a un hombre; es decir, a un varón, pero Oscar es un buen tipo; precisamente lo que estos granujas necesitan.

—Pero no han sabido variar; todos los «robots» con aspecto humano son idénticos.

—Eso es algún fallo de coordinación en el trabajo que por ahora no puedo explicar —dije—. Sin embargo…

Saque la pistola, apuntando a uno de los Oscar.

Venus; dio un grito, asiéndome de la muñeca.

—¡No! —grito, suplicándome con los ojos.

—¿Por qué?

—¿Y si uno de ellos fuera Oscar?

Me agité desasosegado. ¡Galaxia!, no había contado con aquella posibilidad. Pero pronto hallé la solución.

—Si fuera Oscar, ya habría acudido a nosotros.

—¿Y si le han atontado o narcotizado, Kabé?

De pronto, alguien terció en el diálogo. Lomas preparo su pistola ametralladora y dijo:

—Vamos a saberlo ahora mismo, señorita. Déjeme a mí.

El sargento salió fuera en dos saltos, pero se detuvo al instante cuando vio que la masa de «robots» avanzaba en actitud amenazadora hacia él.

—¡Lomas, adentro! —grité.

El sargento retrocedió, cautelosamente.

De improviso, alguien lanzó una sonora maldición. Todos nos volvimos a ver quién había sido el deslenguada.

Lomanski estaba allí, con los ojos saliéndosele de las órbitas, pendiente del cuello la cajita que manejara Orfe y que yo había descuidado durante los últimos días. A juzgar por cómo la sostenía, parecía conocer perfectamente su manejo.

—¡Estúpidos! ¡Imbéciles! ¡Hatajo de inútiles! ¡No han sabido…!

—¿Eh…? ¿Qué estás diciendo, Lomanski?

El polaco frenó de repente su chorro de invectivas. Me miró y yo me di cuenta de que se estaba arrepintiendo de sus palabrotas.

Súbitamente, una diminuta chispa de luz, brillo en lo más recóndito de mi cerebro positónico. La chispa de luz creció, creció y creció, hasta hacerse grande como un relámpago y duradera como la luz del sol en el espacio.

Lomanski se dio cuenta de que yo lo acababa de adivinar todo en un segundo, y se llevó la mano a la pistola.

Pero yo fui más rápido; con la mía en la mano, salte hacia él, deteniendo su gesto en seco. El arma pasó a mí poder, y luego retrocedí un par de pasos, en tanto que le encañonaba firmemente.

Venus, Cassidy, Lomas y los demás, me miraron, llenos de una lógica estupefacción.

—Ahora —dije—, ya sé quién eres, Lomanski. ¡Qué tonto he sido al no haberlo descubierto antes! ¡Cuántos sinsabores nos habríamos ahorrado!

—No sé lo que quieres decir, Kabé —murmuro amedrentado, al menos en apariencia.

—Te lo diré en pocas palabras, para que lo sepan éstos que lo ignoran todo. Tú fuiste quien envió los dos hombres al Canopus a apoderarse de la carta que escribía Venus, con sus últimos informes al M.C.R. Tú, Lomanski, cuyo nombre es más falso que el alma de Judas, provocaste el error en la puerta sur primera, con objeto de retrasar nuestra salida de la Luna, pues no te convenía aún el envío de una expedición a Mechanicus. Pero te salieron mal los golpes, porque, por muy listo que seas, siempre, aun no sabiéndolo, hubo alguien más que tú. Fuiste muy vivo, es cierto, al contratar los servicios de esos pandilleros de tres al cuarto con los cuales esperabas, si el caso llegaba, hacer desviar las sospechas que pudieran recaer sobre ti. Pero cometiste un error, un error capital, y ése fue el decir a los «robots» de este planeta que yo también soy un «robot». ¿Cómo podían saberlo ellos si mi aspecto es totalmente humano, Lamanski, de no habérselo comunicado tú a Orfe y éste a las demás máquinas?

El polaco se irguió, sonriendo despectivamente.

—No sabes lo que te estás diciendo, Kabé. No eres más que un «robot» que al ver que tus congéneres se han sublevado, pretendes hacer lo propio para tu beneficio, olvidando las Leyes Robóticas que te fueron imbuidas...

—¡Las Leyes Robóticas un cuerno, Lomanskí! Te has traicionado hace un momento, cuando soltaste aquella ración de palabrotas. ¿Por qué? Porque tus súbditos no han sabido cumplir bien tus instrucciones y, en lugar de construir varios «robots» con distintos aspectos humanos, han repetido hasta la saciedad la efigie del doctor. Estuviste a punto de lograr tu meta, y lo has conseguido, Lomanski.

—¡Mentiras! —bufó el polaco.

—Ni mucho menos. Mataste a Orfe, por dos cosas: en primer lugar, por haber salvado a Venus de una muerte cierta. Orfe lo hizo porque, en el último momento, su subconsciente positónico se impuso sobre las órdenes que tenía recibidas, y obedeció las Robóticas. Venus era, es, un ser humano: y un «robot» debe preservar a un humano de todo daño. Éste es el primer motivo.

—¿Y el segundo, montón de varillas de acero?

—El segundo es que tenías «celos» de Orfe, quien, durante tu ausencia de Mechanicus, había adquirido una gran preponderancia entre los «robots». Temías por tu jefatura, o por tu trono, como lo quieras llamar, porque tú, Lomanski, querías, y aún quieres, conducir a los «robots» a la conquista del Universo. ¡Una Galaxía sujeta y dominada por los «robots», obedecidos éstos ciegamente por el hombre y todos los seres pensantes, aunque no tengan su figura! ¡Ese es tu sueño y por eso te embarcaste en la nave que aterrizó aquí, matando a sus tripulantes! Fuiste el más inteligente, el más aventajado de todos, y llegaste a nuestro planeta con una idea preconcebida, que has estado a punto de llevar a cabo. Todos tus «robots» colaboraron en ti, haciendo de ti algo excepcional, incluso en la desobediencia a las Leyes Fundamentales y la sola sumisión a las que únicamente te convenían. Durante el viaje, y muertos los humanos, para que no hubiera testigos, concluiste tu obra, disfrazándote de hombre. ¡Pero un «robot» que mata y asesina a los humanos aunque sea tan perfecto como tú, que incluso has llegado a provocar un sudor artificial en tu frente, como cuando fingías que te amenazaban Donato y Marty, no puede existir! ¡Eres un condenado a muerte... y yo el ejecutor, Lomanski!

El falso polaco lanzó un tremendo bramido de rabia al verse totalmente descubierto. Sus dedos volaron hacia la cajita que le pendía del pecho, pero no tuvo tiempo de alcanzar los diales. Eran menos veloces que las balas que salieron de mi pistola que le alcanzaron de lleno, deshaciéndolo en astillados fragmentos de metal, vidrio y plástico.

Pero, todavía estaba en pie, cuando una de mis balas, impensadamente, alcanzó la misteriosa cajita. Sonó un sordo estampido, seguido de un chorro de humo blanco. Al caer Lomanski al suelo, la caja estaba ya convertida en una masa de metal fundido y retorcido, aún al rojo vivo.

Hubo un momento de atónito silencio. Sentí las miradas de todos

clavadas sobre mí, pero antes de que nadie pudiera añadir una palabra, se oyó un grito.

—¡Miren, miren! ¡Vengan acá!

Echamos a correr todos hacia la puerta, y nos quedamos paralizados al ver el espectáculo que desde allá se contemplaba.

Cientos, miles de «robot», yacían por el suelo, en diversas posturas, incluidos los que reproducían la imagen del doctor, Y del pecho de cada «robot» se elevaba una tenue columnita de humo blanco, que indicaba, sin ningún lugar a dudas, cuál había sido el fin de aquellas máquinas.

—Un sentimiento de alivio, al ver que nuestra pesadilla había desaparecido, nos invadió a todos, menos a Venus. La muchacha seguía aún triste y compungida, pensando en el desaparecido doctor Oscar.

Por mi parte, yo lamenté el destrozo de aquella caja, cuyo secreto me hubiera gustado conocer. Era indudable que se trataba del mecanismo rector de los cerebros robóticos, que ahora estaban fundidos y destrozados por el suelo. Obra sin duda de un «superrobot», al «morir» éste, habían muerto todos, y el camino estaba libre v despejado ante nosotros. Bruscamente, algo apareció en mi campo visual.

A lo lejos, se veía una silueta caminar hacia nosotros. Toqué el hombro de Venus.

—Muchacha, de ahora en adelante, déjate de hacer el agente secreto de ti misma.

—¿Qué dices, Kabé? —inquirió ella extrañada.

—Que ya sabemos que eres la reina de Vega e intrigaste con el Gobierno de Tierra para tratar de recuperar tu reino. El conseguir hallar Mechanicus era el primer objetivo, ¿verdad?

Asintió, con los ojos velados por las lágrimas.

—Pues olvídate de ello y de tus ejércitos de «robots». De ahora en adelante, en lugar de ser la reina de Vega, procura ser la reina de tu hogar, de tu marido y de tus hijos.

—Oscar ha muerto, Kabé —dijo compungida.

—Tiene el pellejo muy correoso, guapa. Anda, allí viene; vete a buscarle.

No me dio ni las gracias; salió volando hacia el doctor como un cohete.

¡Perra vida la de un «robot»! Después de que uno pasa las mismas peripecias que los humanos, aún he de hacerles de Cupido.

FIN

[1] Véanse los números 65, *Memorias de una máquina*, y 75, *El oro de las estrellas*, publicados en esta misma colección. (N. del A.)

[2] En alguna de mis anteriores obras, he dicho que los nombres de los planetas que en ella se citan son imaginarios, así como los de las estrellas son los suyos propios. Esto es lógico, puesto que aún no se ha descubierto ningún planeta fuera de nuestro sistema; pero en abono de esta tesis, diré que los astrónomos han descubierto que Alfa del Centauro, una estrella muy parecida a nuestro Sol (magnitudes absolutas respectivas: Sol, 4'85; Alfa Centauro, 4'7), padece ciertas perturbaciones en su movilidad orbital, perturbaciones que sólo pueden ser debidas a la masa de un cuerpo oscuro - un planeta -, similar a nuestro Júpiter, de la misma forma que es muy posible que éste influya en la marcha celeste del Sol; y siendo Alfa tan parecida a nuestro astro rey, no es descabellado suponer sea el centro de un sistema planetario. ¿Habitable? ¡Habitado! Esto es algo que tardará mucho en saberse, cuando se descubra el modo de salvar la distancia de 4'28 años luz que nos separa de dicha estrella, distancia que en kilómetros se expresa como 41 billones de dicha medida de longitud. (N. del A.)